NAVEGAR Á LA VENTURA.

DRAMA EN CINCO ACTOS Y EN PROSA

ESCRITO SOBRE EL ORIGINAL DE M. ALEJANDRO DUMAS,

TITULADO

KEAN Ó GENIO Y DESÓRDEN,

POR

Don José María García.



MADRID.
Imprenta de José Rodriguez, calle del Factor, núm. 9.
1856.

PERSONAJES.	ACTORES.
ANA DAMBY	D.ª Teodora Lamadrid.
ELENA	D.ª Carmen Carrasco.
AMY	D.ª Amalia Gutierrez.
KETTY	D.ª Josefa Garcia.
GIDSA	D.ª Inocencia Garcia.
KEAN	D. Joaquin Arjona.
EL PRINCIPE DE GALES	D. Florencio Romea.
SALOMON	D. Fernando Ossorio.
CONDE DE KOELFELD	D. Francisco Lumbreras.
PISTOL	D. Victorino Tamayo.
LORD MERVIL	D. José Garcia.
JOHN-COCKS	D. José Alisedo.
CONSTABLE	D. Gregorio Lavalle.
PETER-PATT	D. Ramon Guzman.
MEDICO JUAN CRIADO DE LA TABERNA	D. José Bullon.
TOM	Sr. Laplana.
MAYORDOMO AUTOR NEWMAN BEBEDOR	Sr. Maré.
GREGORIO DAVID	D. Ricardo Morales.
DARIUS	D. Luis Cubas.
CRIADO DEL EMBAJADOR	
UNA VOZ	

Marineros y Bebedores.—Titiriteros de ambos sexos.—Espectadores.—Comparsas del teatro.

ACTO PRIMERO.

Salon, amueblado lujosamente, de la casa del Conde de Koelfeld. Puerta al foro, que es la principal, y comunica con lo interior y exterior de la casa. Es de noche.

ESCENA PRIMERA.

ELENA, MAYORDOMO, *un* CRIADO. *Aquel aparece en el fondo, dando órdenes á este, y Elena sentada á la derecha, en primer término, leyendo un libro.*

MAYORD. ¿Estan arregladas las mesas de juego?

CRIADO. Si señor: dos de Whist y una de Boston.

MAYORD. ¿Has avisado á los músicos?

CRIADO. Vendrán á las once y media.

MAYORD. Muy bien: el ponche y el té se servirán en el gabinete.

ELENA. (*Levantándose y dirigiéndose al Mayordomo, que se aproxima.*) Cuidado que todo esté á punto y que ninguno falte de su puesto...

CRIADO. (*Anunciando.*) La Señora Condesa de Gosswill.

ELENA. Que no se detenga.

ESCENA II.

ELENA.—AMY. *Esta habla con melindre y segunda intencion.*

ELENA. Llegad, llegad, amiga mia. ¡Qué buena sois! Cuánto os agradezco que vengais tan temprano. ¡Tengo tantas cosas que deciros! Os vendeis muy cara.

AMY. Pues es milagro que haya podido venir á esta hora. Yo tambien tengo mil cosas que deciros, mi hermosa veneciana: la primera que al lado de nuestros rubios cabellos y azulados ojos, los vuestros, negros como el azabache, son el mayor atractivo que se encuentra en nuestros salones.

ELENA. Si se exceptua ese cuello de alabastro, esas manos mas blancas todavia, y ese talle, tan flexible, delgado y esbelto que se pierde en el espacio como el de una hada. Siempre que os miro recuerdo el pensamiento de vuestro gran poeta: «La Inglaterra es un nido de cisnes en el centro de un lago.» Sentaos aqui.

AMY. Con mucho gusto: estoy fatigada, rendida.

ELENA. ¿Qué causa?..

AMY. Una carrera de caballos en Newmarket: no he podido excusarme de ir á ella, y he tenido que levantarme á las diez de la mañana!

ELENA. ¡A las diez!..

AMY. Nada menos; y cuando cometo semejantes locuras ya estoy mala para todo el dia.

ELENA. Entonces tengo un motivo mas para agradeceros vuestra venida.

AMY. A no ser vuestro el convite, seguramente no me hubiera movido de casa. ¿Y vos, en qué habeis invertido el tiempo hasta ahora?

ELENA. En leer.

AMY. Y anoche, ¿dónde estuvisteis?

ELENA. En Druri-Lane.

AMY. ¿Se representaba?..

ELENA. Hamlet y el Sueño de una noche de verano.

AMY. ¿Y quién hacia el personaje de Hamlet? ¿Young?

ELENA. No: Edmundo Kean.

AMY. Si hubiera sabido que era vuestro el turno de anoche, quizá os hubiera pedido un asiento en vuestro palco.

ELENA. Y yo os lo hubiera concedido con sumo placer. Kean estuvo soberbio...

AMY. ¡Soberbio!

ELENA. Sublime, he querido decir.

AMY. ¡Qué entusiasmo!

ELENA. ¿Eso os causa extrañeza? Nosotras las italianas no sentimos á medias, y no sabemos disimular nuestro desprecio, ni nuestra admiracion.

AMY. Si me prometieseis no disgustaros conmigo, os daria una noticia.

ELENA. Os lo prometo.

AMY. ¡Aunque es tan absurda!..

ELENA. Hablad.

AMY. Pero si no sé como explicarme.

ELENA. ¡Dios mio! ¿de qué se trata?

AMY. ¿Nadie nos oye?

ELENA. Nadie. Me poneis en cuidado.

AMY. Pues os diré que se empieza á murmurar de vuestra frecuente asistencia á Druri-Lane.

ELENA. ¿Es posible? Yo creia que debia lisongear á vuestros compatriotas el que hubiese una extranjera tan apasionada de Shakspeare.

AMY. Sin duda; pero suponen que no vais al templo para adorar al dios, sino para admirar al sacerdote.

ELENA. (*Sonriéndose.*) Já... já... á Young?

AMY. No.

ELENA. ¿A Macready?

AMY. Tampoco.

ELENA. ¿A Kemble?

AMY. Menos: á Kean.

ELENA. (*Mordiéndose los labios.*) ¡Jesus qué locura! ¿Y quién dice eso?

AMY. ¿Se sabe jamás quién dice esas cosas? Caen del cielo.

ELENA. Y nunca falta una buena amiga que las recoja. (*Pausa.*) ¿Con que le amo?

AMY. ¡Con delirio! Esto es; asi se asegura.

ELENA. ¿Y se me vitupera?

AMY. No: se os compadece. ¡Amar á un hombre como Kean!

ELENA. Poco á poco; yo no lo he confesado. Pero decidme, ¿por qué no se puede amar á Kean?

AMY. En primer lugar, porque es un cómico; y esa clase de gente no la recibimos en nuestros salones.

ELENA. Es verdad; pero las recibimos en nuestros gabinetes. Yo he visto al actor Kemble en la casa del duque de York.

AMY. Es cierto.

ELENA. Y ¿os parece que seria justo cerrar á uno las puertas que se abren para otro de la misma categoria?

AMY. Tened presente que la reputacion de Kean es espantosa.

ELENA. Lo ignoraba.

AMY. Pues sois la única persona de todo Lóndres que lo ignora. Kean es un verdadero héroe de perversidad y de escándalo. Un hombre que se alaba de exceder á Lovelace en el número de sus amores; que compite en lujo con el príncipe real, y que á mas de todo, por efecto de un contraste que revela su baja extraccion, apenas se desnuda el régio manto de Ricardo, cuando se viste el tosco traje de marinero del puerto para correr de taberna en taberna, siendo muy rara la ocasion en que no le tienen que traer á su casa.

ELENA. Continuad, amiga mia.

AMY. Un hombre, en fin, agobiado de deudas, y que especula, segun dicen, con el capricho de algunas grandes señoras para librarse de sus acreedores.

ELENA. Y á pesar de todo eso ¿han podido suponer que yo amaba á ese hombre?

AMY. Tal es la opinion general... pero ya comprendereis que yo no lo he creido jamás, ni mi esposo... ni su amigo Lord Delmours...

ELENA. A propósito de Lord Delmours... habia olvidado preguntaros... qué es de él?

AMY. ¿De quién?

ELENA. De Lord Delmours.

AMY. ¿A mí me preguntais por él?

ELENA. Es el amigo íntimo de vuestro esposo; vos le conoceis...

AMY. ¿Quién no le conoce?

ELENA. Es verdad. Todos le conocen. ¿Y á quién no interesa? Es tan elegante, tan espiritual... un poco indiscreto...

AMY. ¡Indiscreto!

ELENA. Si: muchas veces se alaba... ¿pero quién puede dar crédito á sus palabras? Nadie. Perdonad si os he interrumpido. ¿Tratabamos...

AMY. No me acuerdo... ¡Ah! si... creo que hablabamos del último baile que ha dado el duque de Northumberlant. Estuvo magnífico; por cierto que extrañé mucho no veros allí. Os busqué por todas partes; queria presentaros á la Duquesa de Devonshire.

ELENA. Os doy gracias por vuestra memoria; pero la presentacion tuvo lugar hace mucho tiempo. Mi marido, por su calidad de embajador de Dinamarca, fué presentado á la duquesa á poco de su llegada á Lóndres.

AMY. Mucho se hace esperar hoy nuestro querido embajador.

ELENA. Teneis el poder de una hechicera. No bien le habeis nombrado cuando se presenta á vuestros ojos.

ESCENA III.

DICHOS, *y el* CONDE DE KOELFELD. *El Conde figura hablar en el foro con alguna persona.*

CONDE. Ya lo sabeis. Que parta un correo al instante, y que se aproveche del primer buque que se dé á la vela. Esos despachos no pueden retrasarse ni un momento. (*A Amy, bajando al proscenio.*) Señora condesa...

AMY. Por fin la política europea nos deja libre al señor Conde de Koelfeld.

CONDE. El Conde de Koelfeld olvida desde este momento á todos los soberanos de Europa para consagrarse á la reina de Inglaterra, á la bella condesa Amy de Gorswill.

AMY. Es una desgracia que no pueda dar crédito á lo que acabais de decirme.

ELENA. ¿Pues no ha declarado que desde este momento abandona la diplomacia?

AMY. Es verdad; pero la costumbre hace una segunda naturaleza.

CONDE. Entonces me explicaré de otra manera. ¿Quién os viste, señora? El delicado color de ese traje no cae bien con el vuestro. ¿Dónde está la cintura? No he visto cosa mas desairada en toda mi vida. Cuando la natureleza no otorga ciertas perfecciones á una mujer, solo un gusto esquisito puede disimular los defectos. Os aconsejo que no os abandoneis de ese modo. ¿Me creis ahora?

AMY. Lo mismo que antes.

CONDE. En tal caso ¿puedo saber lo que os dignareis creer de mí?

AMY. Todo lo que no digais.

CONDE. Es una desgracia que las mujeres no sean embajadores.

AMY. ¿Por qué?

CONDE. Porque habria pocos secretos que se las pudieran ocultar.

ELENA. (*Mirando á Amy con intencion.*) Si no son embajadores, son embajadoras; y bajo esta consideracion saben guardar los secretos que sorprenden.

AMY. Veo que teneis un abanico precioso y riquísimo.

ELENA. Si: es un regalo del príncipe de Gales.

AMY. (*Examinándole.*) Con vuestro permiso.

CONDE. Y ¿no tendremos el honor de ver en nuestra casa á Lord Gorswill?

AMY. Es probable que no. Esta noche va á ser testigo de una boda.

CONDE. ¡Es verdad! Ahora recuerdo que esta noche debe casarse su amigo Lord Mervill con una rica heredera, para restablecer su fortuna. ¿Cómo se llama la novia?

AMY. Esperad... Lleva uno de esos apellidos vulgares que no dicen nada; que no es posible retener en la memoria. ¡Ah!... si... Ana Dambí.

CONDE. La conozco... la conozco. Y vos tambien, Elena; es aquella preciosa jóven que concurre mucho á Druri-Lane y tiene su palco casi enfrente del nuestro. ¿No recordais que llamaba vuestra atencion su puntual asistencia á todas las representaciones?

ELENA. Ya recuerdo.

AMY. Señor Conde; he pedido á mi querida Elena un asiento en su palco para la primera vez que trabaje Kean. ¡Es un actor tan eminente!

CONDE. ¿Y deseais verle?

AMY. De cerca, sobre todo; y como vuestro palco está en el proscenio... Desde allí no se perderá ninguna palabra, ningun movimiento de su fisonomia.

CONDE. ¡Qué felicidad! poder satisfacer vuestros deseos. Hoy mismo vais á ver á Kean mas cerca que desde mi palco.

AMY. ¿Sí? ¿Desde dónde?

CONDE. Le vereis en mi mesa: le he convidado á comer con nosotros.

ELENA. ¿Cómo? Sin prevenirme...

AMY. ¿Convidar á Kean?

CONDE. ¿Y por qué no? El Príncipe Real hace lo mismo; y ademas le he convidado como se convida á esa gente, como se convida á un bufon. De sobremesa haremos que nos represente una escena del Falstaff, y nos reiremos un rato.

ELENA. Repito que debierais haberme prevenido.

CONDE. Es una sorpresa que preparo al Príncipe de Gales, á quien necesito halagar, cumpliendo las instrucciones de mi gobierno. Pero ¡diablo! acabo de revelar un secreto importante. Decid ahora (*A Amy.*), condesa, que soy diplomático.

CRIADO. (*Entrando con una carta que da al Conde, y se retira.*) Esta carta para el señor Conde. Es urgente.

CONDE. Entonces con vuestro permiso. (*Pasa la vista por la carta y lee alto.*) Es de Kean: escuchad. «Señor, compadeced mi mala estrella: un negocio grave me impide aceptar vuestra atenta invitacion y me roba el honor de ser uno de vuestros convidados. Espero que me perdonareis, haciendo presente á la señora Condesa mis respetos con la mas alta consideracion, etc...»

ELENA. (*Ap.*) ¡Ah! respiro.

CONDE. ¡Sabeis que vivimos en una época muy singular! Un cómico desdeña el convite de todo un embajador.

AMY. Reparad que la carta de Kean no es una negativa.

CONDE. Perdonad, señora condesa. Es un desaire en toda regla. A mí no se me puede ocultar el valor de ese... pretexto.... Quien ha intervenido, como yo, en las alianzas matrimoniales de casi todos los soberanos del globo...

CRIADO. (*Anunciando.*) Su alteza real, monseñor el Príncipe de Gales.

ESCENA IV.

LOS MISMOS *y el* PRINCIPE, *que entra riéndose. El criado se retira.*

PRINCIPE. ¡Já! ¡já!.... Es un lance muy divertido.... ¡Ay! Dispensad, señora Condesa, pero acaban de referirme la

aventura mas chistosa... y no puedo contener la risa en este momento.

Conde. ¿Qué aventura?

Principe. Ahora principia á circular de boca en boca por todo Lóndres.

Elena. Os dispensaremos; pero con la condicion que nos la habeis de contar.

Principe. Vais á saberla inmediatamente. Tanto deseo referir la noticia, que á no tener auditorio haria un agujero en el suelo, como dicen que hizo aquel barbero del rey Midas.

Elena. Os prevengo que no vamos á creer una palabra.

Amy. Pero se la contaremos á todo el mundo.

Principe. Ya conoceis á lord Mervil.

Conde. ¿Que debia casarse con una muchacha del pueblo?

Principe. Que debia: eso es.

Amy. Esta misma noche, segun creo...

Principe. Él tambien tuvo la inocencia de creerlo como vos. Trenes, acompañamiento, deudas y acreedores, todos estaban citados para las nueve. ¡Es un hombre muy activo y muy previsor! Pero desgraciadamente en esta ocasion ha dejado de prevenir un pequeño accesorio: la voluntad de su futura; y al buscar á esta para dirigirse al altar, se encontraron con la jaula vacia. El pájaro habia volado.

Elena. ¡Pobre niña! acaso ame á otro, y la pretenden sacrificar. ¡Si la hubiese sucedido alguna desgracia!

Principe. No habria razon para extrañarlo: su casa está situada á orillas del Támesis.

Conde. Entonces se ha precipitado en sus ondas; ¡el agua tiene cierto atractivo!...

Principe. ¡Já... já!...

Elena. ¿Y eso os hace reir, monseñor?

Principe. Tranquilizaos, señora. La vista del rio solo le ha inspirado el pensamiento de embarcarse; pero como el viajar sin compañia es sumamente fastidioso, ha escogido un compañero que no la abandonará hasta que termine la navegacion: yo os lo juro.

Amy. ¿Conoceis al raptor?

Principe. Su nombre es de los mas ilustres de Inglaterra.

Amy. ¡Príncipe! ¿y teneis la audacia?... Yo os suplico...

Principe. ¿Qué habeis imaginado, señora? No es á mí á quien le

corresponde la honra de esa jornada. El vencedor lleva un nombre mas ilustre que el mio, y su frente hace mucho tiempo que está coronada, mientras que la mia aun espera la corona, que quiera el cielo conservar muchos años sobre las sienes de mi hermano querido.

ELENA. ¿Pero de quién se trata?

PRINCIPE. Debierais haberlo adivinado hace media hora. ¿Quién puede ser el héroe sino el Richelieu, el Rosester de los tres reinos? Edmundo Kean.

ELENA. (*Sin poder disimular su conmocion.*) ¿Edmundo Kean?

AMY. (*Mirando á Elena.*) Eso es imposible?

CONDE. ¿Imposible? Al contrario: eso me explica su negativa. Solamente un negocio de esa importancia pudiera obligar al actor Kean á renunciar el honor de ser mi convidado.

ELENA. (*Ap*) ¡Oh, Dios mio!

CONDE. Me alegro. Esto le justifica hasta cierto punto.

AMY. Perdonad: esto prueba únicamente que nada hay respetable para ese hombre, y empiezo á dudar si será cierto lo que de él se refiere.

CONDE. ¿Otra nueva aventura?

ELENA. (*Ap.*) ¿Qué irá á decir?

AMY. Suponen que algunas grandes señoras han tenido el capricho, extraño por cierto, de elevarle hasta ellas.

PRINCIPE. ¡Qué impostura! No señora: son ellas las que han descendido hasta él.

ELENA. (*Ap.*) ¡Cuánto estoy padeciendo!

CONDE. Solamente en Inglaterra se ven tales cosas.

PRINCIPE. No murmureis de nuestra patria, querido Conde; los embajadores se naturalizan muy pronto.

ELENA. ¡Monseñor!...

PRINCIPE. Perdonad, señora Condesa, no fué mi intencion...

AMY. Estamos haciendo comentarios sobre una noticia que puede carecer de verdad. Ese rapto...

PRINCIPE. Me consta la certeza de tal modo, que apostaria cualquiera cosa á que en este momento se encuentra Kean en el camino de Liverpool.

CRIADO. (*Anunciando.*) El señor Kean.

ELENA.
AMY.
CONDE. } ¡Kean!

PRINCIPE. Pues hubiera perdido la apuesta.

CONDE. Que pase adelante.

ESCENA V.

LOS MISMOS, *y* KEAN. *El criado se retira. Kean vestido elengantemente: durante la escena manifestará sumo desembarazo y finos modales.*

KEAN. Señoras... caballero... (*Derigiéndose á aquellas y al Conde respetuosamente.*) Os dignareis excusarme la contradiccion que hay entre la carta que os he remitido y mi presencia en vuestra casa? Una circunstancia imprevista ha cambiado mis ocupaciones, imponiéndome al mismo tiempo un deber que solo puedo cumplir en este sitio. Tengo el honor de saludar á vuestra alteza. (*Al Príncipe.*)

CONDE. Confieso que no contaba con vos, tanto por la escusa de vuestra carta, como por cierta noticia que corre, y en la cual haceis un papel importante.

KEAN. Si es la que presumo, esos rumores precisamente me conducen á vuestra casa.

CONDE. No comprendo...

KEAN. Quiero evitar que siga interpretándose equivocadamente el acontecimiento que ocasiona tales rumores. La señorita Dambi fué á mi casa, estando yo ausente, y me ha dejado esta carta. El espia que la vió entrar, no tuvo seguramente paciencia para esperar á que saliese, y hé aqui el orígen de todo. Al ver comprometida la reputacion de esa jóven, he creido conveniente, como la mejor manera de corresponder á vuestros favores, que quien tanto me honra, haga saber á todo el mundo su justificacion y la mia.

CONDE. ¿Que yo os justifique?... Si sois inocente, vuestra formal declaracion bastará...

KEAN. ¡Mi declaracion! ¿Ignorais, por ventura, las calumnias á que nuestra posicion excepcional nos expone, y el crédito que se nos otorga? Las palabras del actor Kean serán respetadas por los artistas que le tratan y saben que es un hombre de honor; pero no tendrán bastante fuerza para los que solo le conocen como un hombre de talento. Desengañaos; es preciso que esta declaracion sea hecha por una persona cuya alta clase y re-

putacion sin mancha inspiren la mayor confianza y respeto; por una persona tan digna como... como vuestra esposa. ¡Ah! yo estoy seguro de que si la señora Condesa se dignase leer esta carta, no tendria reparo en tomar la defensa que solicito.

PRINCIPE. (*Ap.*) ¿Cuál será su intencion?

CONDE. Entonces podeis leerla inmediatamente. Os escuchamos.

KEAN. Perdonad, señor Conde; pero un secreto del cual depende la dicha, lo porvenir, y quizá la existencia de una mujer, solo se puede revelar á otra mujer capaz de conocer su valor. Hay misterios tan delicados, que el corazon del hombre no llega á comprenderlos jamás. Permitid que sea vuestra esposa quien conozca el secreto de la señorita Ana Dambi, y creed que si me perteneciera, en vez de ocultarlo se lo manifestaria á todo el mundo. La señora Condesa no lo publicará, ni tiene necesidad de publicarlo: basta que le conozca y que sepan que le conoce; pues cuando levante su voz para decir: «Edmundo Kean no es culpable de la desaparicion de la señorita Dambi, nadie habrá que lo dude.»

PRINCIPE. ¿No tendré yo privilegio alguno para participar de esa confianza?

KEAN. Monseñor, todos los hombres son iguales ante un secreto. Señor Conde, vuelvo á rogaros que me concedais la gracia que acabo de pedir.

CONDE. Ya que dais tanta importancia al asunto, por mi parte no hay reparo, y si la Condesa consiente...

KEAN. ¿Qué decis, señora?

ELENA. No sé si debo...

KEAN. Os suplico que acepteis el encargo.

AMY. (*Coge al Conde del brazo, le separa y le dice aparte.*) Venid, Conde, y no tengais pena. Cuando vuestra esposa llegue á conocer ese misterio, vos lo adivinareis al instante, si es verdad que sois diplomático.

PRINCIPE. (*Que lo há seguido, coge al Conde por el otro brazo.*) Y entonces nos lo revelareis. Es decir, si las instrucciones de vuestro gobierno no se oponen á ello. (*Quedan separados Elena y Kean de Amy, el Conde y el Príncipe, formando dos grupos.*)

ELENA. (*Ap: á Kean.*) Dadme esa carta, si tan seguro estais de

que su lectura puede justificaros.

KEAN. Tomadla. (*Le da la carta á Elena, que la lee.*)

ELENA. (*Leyendo.*) «Caballero: aun cuando no tengo el honor de que me conozcais, he procurado veros en vuestra casa, pero inútilmente, porque estabais fuera de ella; y como de esta entrevista acaso dependa mi futura suerte, espero que os dignareis manifestarme la hora en que podrá hablaros mañana vuestra admiradora.— Ana Dambi.» ¡Gracias, Edmundo! ¿Y qué respuesta habeis dado á esta carta?

KEAN. Volved la hoja. (*Se separa como para observar á los otros.*)

ELENA. (*Vuelve la hoja y lee.*) «No os he podido hablar, ni me atrevia á escribiros, señora. El cielo me ha deparado esta ocasion y la aprovecho. Los raros instantes que consagrais á mi cariño son tan rápidos, que solo quedan grabados en mi corazon como la vaga memoria de un sueño...»

KEAN. (*Se aproxima á ella y dice.*) Dignaos continuar.

ELENA. «He pensado constantemente de qué medio pudiera valerse una dama de vuestra clase para otorgarme, sin comprometer su decoro, una hora siquiera de felicidad, y creo haber tenido la dicha de encontrarle. Si esta mujer me amase hasta el punto de concederme un favor semejante, yo le daria en cambio mi vida entera. Haciendo parar su coche frente al teatro de Druri-Lane, podria entrar en el despacho de billetes con pretexto de comprar uno. La persona encargada de la venta es de toda confianza, y tiene órden de abrir una puerta secreta que conduce á mi cuarto, si se presenta una mujer vestida de negro y cubierta con un velo, la primera noche que yo trabaje.» (*Dándole la carta á Kean de modo que lo adviertan los demas.*) Tomad vuestra carta.

KEAN. Nunca podré pagaros el favor que me haceis. (*Despidiéndose.*) Adios. (*A Amy.*) Señora... Señor Conde... Monseñor... (*Se dirige al foro; los demas se aproximan á Elena.*)

AMY. ¿Y bien, Elena?...

PRINCIPE. Hablad, señora.

CONDE. ¿Qué resulta, Condesa?

ELENA. Os aseguro que no ha tenido parte ninguna el señor

Edmundo Kean en la desaparicion de la señorita Ana Dambi.

KEAN. (*Bajando á la escena.*) Gracias, señora. (*Al dirigirse al foro para marchar, la Condesa se interpone y le habla rápidamente. El Conde se aproxima á su esposa; el Príncipe observa á Elena pensativo.*)

PRINCIPE. (*Ap.*) ¡Ah! señor Kean, acabais de poner una charada que os prometo acertar.

AMY. (*Ap. á Kean.*) Inútil justificacion. Conozco á la mujer que ha heredado el cariño que me profesabais.

KEAN. No os entiendo.

AMY. ¿Quereis desagraviarme? (*Con ironia.*)

KEAN. Yo no debo nada á la íntima amiga de lord Delmours. (*Váse.*)

CONDE. (*Ap. á la Condesa.*) ¡Cómo los habeis engañado! La muchacha sin duda...

CRIADO. Cuando la señora Condesa disponga.

ELENA. Señores, vamos á la mesa. (*El Príncipe coge por el brazo á Elena y el Conde á Amy. Cae el telon.*)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

Sala en casa de Kean adornada artísticamente. Puerta de entrada al fondo; otra á la derecha que tiene tambien salida á la calle, y una ventana en segundo término. A la izquierda otra puerta que comunica á la habitacion del actor. Mesa en el centro con restos de una cena; botellas sobre la mesa y por el suelo, la mayor parte rotas y desocupadas; pipas, sillas, banquetas; todo en desorden. Oscuridad completa.

ESCENA PRIMERA.

KEAN, DAVID, TOM, *despues* SALOMON, PISTOL. *Al levantarse el telon aparecen todos dormidos; Kean recostado sobre la mesa, teniendo en una mano la pipa y en la otra una botella cogida por el cuello; David echado sobre una banqueta, y Tom á caballo sobre una silla; en cuyo respaldo tiene apoyada la cabeza. La puerta del foro se abre y entra por ella, de puntillas, Salomon; Pistol queda fuera, pero á vista del público.*

SALOM. No entres, Pistol; el ilustre Kean, la gloria de nuestro teatro, el sol de Inglaterra, no ha llamado todavia, y es posible que esté descansando.

PISTOL. Entonces...

SALOM. No te vayas, espera en el recibimiento. Voy á tomarme la libertad de observar si se ha despertado.

PISTOL. Por mí no le incomodeis: yo no tengo prisa.

SALOM. Déjame hacer.

PISTOL. Corriente. Cuando creais que puedo presentarme, me dais la salida, y yo verificaré mi entrada, en dos tiempos, sin balancear.

SALOM. (*Empujándole y cerrando la puerta.*) ¡Calla demonio!— No me ha costado poco trabajo el evitar que penetrara en esta maldita taberna. ¡Vaya una noche de reposo! Y ese majadero de Newmann que no ha venido á abrir todavia, y son las nueve de la mañana. (*Abre la ventana, y se ilumina el teatro: queda sorprendido al ver el cuadro que presenta la escena.*) ¡Jesus, qué espectáculo! Esta es la sesta noche de broma que tiene desde que ha principiado el mes, y hoy estamos á siete. Pero, señor ¡con qué clase de gentes se reune Kean para tales excesos: con miserables racionistas ó asistencias! El uno que hace el leon, y el otro que coloca las murallas, ó mueve la luna *En el sueño de una noche de verano.* ¡Qué vergüenza! ¡Si los vieran reunidos y en tal estado! Haré que se alejen inmediatamente de aqui. (*Al oido de Tom.*) ¡Tom! ¡Tom!

TOM. (*Recio.*) ¡Eh! ¿quién me llama?

SALOM. ¡Silencio!.. no vayas á despertar á los otros.

TOM. (*Bajando la voz.*) ¿Qué se ofrece?

SALOM. Has de saber que al llegar aqui me he encontrado en la calle á John Ritter, el galan jóven.

TOM. ¡Lindo fátuo!

SALOM. Parece que desea hablar contigo. Estuvo en tu casa, y no habiéndote encontrado en ella me preguntó donde te hallaria. Yo le he dirigido á la de tu novia, la señorita Betty.

TOM. ¿Pero quién te ha dicho que yo estaba alli?

SALOM. Como vas con tanta frecuencia.

TOM. ¡Ya! Pero esa no es una razon para que vaya tambien ese necio, que me anda pillando las vueltas.

SALOM. ¡Diablo! Pues si quieres llegar primero que él, no tienes que perder un momento.

TOM. Adios. (*Se levanta y echa á correr.*)

SALOM. ¿Te vas sin sombrero? (*Dándosele.*)

TOM. ¡Es verdad! gracias, gracias, Salomon querido.

SALOM. Por aqui, por la escalera excusada. (*Tom sale por la puerta de la derecha.*) Y va uno. (*A David con la misma precaucion.*) David, David.

DAVID. ¡Hum!
SALOM. ¡Admirable rugido! Estará soñando que hace el leon. (*Le mueve para despertarle.*)
DAVID. ¡Heem!
SALOM. ¡Bravo! ¡Bravo!
DAVID. ¿Quién me aplaude?
SALOM. Tranquilízate: no es el público.
DAVID. ¡Ah! sois vos, insigne apuntador.
SALOM. El mismo; y me alegro de haberte encontrado.
DAVID. ¿Por qué?
SALOM. ¡Pchis!.. ¿No vives en la calle del Regente?
DAVID. Número catorce.
SALOM. Pues bien: hace poco que me dirigia á tu casa para decirte que estuviste anoche soberbio.
DAVID. ¿De verdad? ¿Tú crees?..
SALOM. ¡Sin duda! La piel de leon te sienta á las mil maravillas. Pero volvamos á nuestro asunto: al entrar en tu calle, cerca de la fuente, tropecé con un peloton de escoceses que no me dejaron pasar. Pregunto la causa, y me responden: «hay fuego;» y eso á mí que me importa? les dije yo. Yo voy á casa de un amigo, al número catorce. «¿Al número catorce? Preguntó el cabo; pues vuestro amigo tiene otra ocupacion mas urgente que recibir vistas: su casa está ardiendo...»
DAVID. (*Dando un brinco.*) ¡Diablo! ¿mi casa ardiendo? Imbécil, por qué no me lo has dicho en seguida?
SALOM. Tienes tiempo de sobra: el fuego ha principiado por la cueva, y tú vives en la guardilla.
DAVID. ¡Viejo infame!.. (*Parte precipitadamente por donde salió el anterior.*) Voy á encontrarlo todo hecho cenizas!
SALOM. Pues señor, estamos solos.

ESCENA II.

KEAN, SALOMON, *y despues* PISTOL.

SALOM. ¡Ya se fueron! ¡Si no los pongo en dispersion, como esta noche no hay teatro, quizá hubieran continuado bebiendo hasta mañana. Registraremos el campo de batalla. ¡Diablo! El combate ha sido desigual; ¡quince contra tres! Cuando pienso que tengo delante de mi vista, rendido, como un boxeador derrengado, al

amigo del Príncipe de Gales, al rey de los trágicos pasados, presentes y futuros... El rey, si; ¿quién puede disputarle en la escena la corona y cetro? Pero ¡ay! no es el cetro lo que miro en sus manos ahora, sino una botella vacia. (*Trata de quitarle la botella y se despierta.*)

KEAN. ¿Qué diablos haces por aqui, Salomon?

SALOM. (*Enseñándole la botella.*) Ya lo veis.

KEAN. ¡Hola! parece que he olvidado acostarme.

SALOM. No era eso lo que me prometisteis anoche cuando nos separamos.

KEAN. No tienes razon para quejarte, buen Salomon: ya ves, he pasado la noche en mi casa, lo cual no sucede con mucha frecuencia.

SALOM. La habeis pasado en vuestra casa; pero no solo.

KEAN. Vamos; no regañes, viejo mio. ¿Qué quieres? la luna solamente brilla por la noche, y el leon tenia calentura.

SALOM. ¿Y de esta manera pensais reponeros de vuestras fatigas?

KEAN. ¡Bah! Todo ello no es otra cosa que algunas cuantas botellas de Burdeos.

SALOM. Si; pero cuando se apura el Burdeos, os atemperais con refrescos como este. (*Mostrándole la batella que le ha quitado.*) Rom de la Jamaica.

KEAN. Tienes razon; di lo que quieras; pero necesito ahogar las penas, las amarguras que destrozan mi alma.

SALOM. ¡Penas!... ¡Amarguras!... y ¿quién no las tiene? Cuántos hay en la tierra que no gozan un solo instante de felicidad? Y vos os quejais; vos... ¿qué valen vuestras penas, vuestras amarguras, comparadas con los aplausos que recibis y con los triunfos que alcanzais?

KEAN. Calla... calla, viejo gruñon. Yo te prometo...

PISTOL. (*Entreabriendo la puerta del foro.*) Señor Salomon, señor Salomon, ¿puedo entrar?

KEAN. ¿Quién está ahi?

SALOM. ¡Ay! se me habia olvidado. Es un pobre chico del cual no os acordareis sin duda; el hijo del viejo Bob; Pistol el saltimbanqui.

KEAN. ¿Cómo que no me acuerdo? Yo nunca me olvido de mis antiguos camaradas. Entra, Pistol, no te detengas.

PISTOL. ¿Sobre los pies, ó sobre las manos?

KEAN. Sobre los pies; necesitas tener libres las manos para apretar la mia.

PISTOL. Ese es demasiado honor, señor Kean. (*Aproximándose.*)

KEAN. Ven á mis brazos, hijo mio. (*Se abrazan.*) Cuéntame, cuéntame, ¿como va la compañia?

PISTOL. Trampeando.

KEAN. ¿Y Ketty, la rubia Ketty?

PISTOL. Pobrecilla, todavia os ama.

KEAN. ¿Y el venerable Bob?

PISTOL. Sigue tocando su trompeta como un desesperado. ¡Tiene unos pulmones!...

KEAN. ¿Y tus hermanos?

PISTOL. Los tres mas pequeñitos, son los primeros descoyuntados de la compañia; los medianos bailan en la cuerda floja, y los mayores dan el salto del Niágara.

KEAN. ¿Y la señora Bob?

PISTOL. Acaba de dar á luz el décimotercio retoño.

KEAN. ¿Y tú, que te haces?

PISTOL. ¿Yo?... Perdonad, os he reemplazado. Heredé vuestra botarga y vuestro mata-pecados de arlequin; pero no vuestra habilidad.

KEAN. ¡Ya!... ¿Y vienes para que te de alguna leccion?

PISTOL. ¡Señor!... no es tan grande mi atrevimiento, y ademas seria inútil vuestro trabajo: el que no tiene disposicion natural... Ya sabeis que siempre tuve empeño en aprender la danza de los huevos, que vos ejecutabais á las mil maravillas; pues bueno; nunca me sale con limpieza; siempre he de romper tres ó cuatro. Verdad es que he tomado la precaucion de cocerlos anticipadamente, y ninguno se desperdicia. (*Haciendo ademan de comerlos.*)

KEAN. Pues entonces, ¿qué es lo que quieres?

PISTOL. Señor...

KEAN. Habla sin empacho.

PISTOL. (*Ap.*) (Allá voy, aunque me rompa la cabeza.) Pues bien, cuando mi padre vió alterada nuestra simétrica docena de hermanos con el nuevo huesped, exclamó: hijo mio, el número trece es fatal; has nacido en martes y necesitas un buen padrino. ¿Pero quién será este?—Ahi tienes al Príncipe de Gales, al rey de Inglaterra. (Dijo mi madre en tono de burla.)—Yo pue-

do proporcionarle uno mejor que todos esos (contestó mi padre): á Kean.—¡Excelente idea! (Exclamaron todos); pero él no querrá.—Yo estoy segura de lo contrario. (Dijo Ketty.)—Si tú se lo vas á pedir... Es muy posible que consienta (añadió mi padre), y ella respondió...

KEAN. ¿Qué respondió Ketty?

PISTOL. «¡Yo no me atreveré jamás á pedírselo!.. ¡Hay tanta distancia de él á nosotros!...» Entonces yo me ofrecí á desempeñar la comision, y aqui me teneis.

KEAN. Ketty me ha hecho justicia.

PISTOL. ¡Oh! ¿Es decir que aceptais?

KEAN. Si: lo juro por la memoria de Shakspeare. Tu hermano será bautizado régiamente.

PISTOL. ¡Qué alegria! No es un hermano... es una hermana; pero lo mismo dá. ¿Y cuándo tendrá lugar el bautizo?

KEAN. Esta noche, si te parece.

PISTOL. ¡Mejor que mejor! Pero decidme, ¿en tan corto tiempo podreis encontrar una madrina?

KEAN. La he encontrado ya; será Ketty.

PISTOL. ¡Pobrecilla! qué felicidad para ella... ¡Yo estoy loco de contento! (*Da una cabriola y tropieza con Salomon, que durante el anterior diálogo ha estado desembarazando la escena.*)

SALOM. ¡Demonio! ¿qué te ha dado?

PISTOL. Nada: es un pequeño desahogo.

SALOM. ¿Pequeño? ¡y me has descoyuntado un tobillo!

PISTOL. Adios, señor Kean.

KEAN. ¿Ya te vas?

PISTOL. ¿Qué quereis? Estan esperando la noticia.

KEAN. Dices bien. Salomon, acompaña á ese muchacho, y dale á su madre diez guineas para la envoltura. (*Salomón y Pistol se dirigen hácia la puerta, y este último retrocede.*)

PISTOL. ¡Ah! ¿y dónde celebraremos el bateo?

KEAN. En la casa de Peter-Patt, taberna del Carbon: ¿la conoces?

PISTOL. ¡Si la conozco! Allá en el puerto; á diez pasos del Támesis: pues si es la mas nombrada entre todos los marineros. No conozco otra cosa. Hasta la noche, señor Kean.

KEAN. Hasta la noche, Pistol.

ESCENA III.

KEAN, *despues un* CRIADO.

KEAN. ¡Excelente familia! No olvidaré jamás las horas que he pasado con vosotros. Yo os amaba con todo mi corazon. ¡Cuántas veces me he acostado sin cenar, pretestando que no tenia apetito, para dejaros mi parte! ¿Qué he ganado con apartarme de vuestra compañia? ¿Soy ahora mucho mas venturoso que entonces? (*Reparando en el criado.*) ¿Qué hay?

CRIADO. (*Desde la puerta del foro.*) Una señora que dice haberos escrito ayer una carta...

KEAN. La señorita Dambi: que entre y que espere en esta habitacion un momento. (*Se entra en su cuarto.*)

CRIADO. Entrad, señora.

ESCENA IV.

ANA, *cubierta con un velo*, *despues* KEAN, *luego* SALOMON. *Aquel ha reformado ligeramente su traje.*

ANA. Ya estoy en su casa. ¿Tendré valor para manifestarle el objeto de mi venida? ¡Dadme fuerzas, Dios mio! Por fortuna aun tardará en salir y podré reponerme algun tanto. ¡Ah! aqui llega.

KEAN. Me habeis hecho el honor de escribirme, señorita. ¿Seré tan dichoso que pueda seros útil de alguna manera?

ANA. (*Ap.*) (El sonido de su voz conmueve mi alma.) Dispensad mi turbacion, caballero; ¡es tan natural! Por muy grande que sea vuestra modestia, debeis conocer que ante una persona de vuestra reputacion, de vuestro talento...

KEAN. Señorita...

ANA. No podeis negar lo que todo el mundo confiesa. Tambien aseguran que vuestro corazon es noble y honrado, y estas cualidades me animan mas que ningunas otras para venir á vuestra casa.

KEAN. (*Invitándola á sentarse.*) Tomad asiento. Me habeis in-

dicado la importancia de esta entrevista y solo anhelo complaceros.

ANA. Gracias, señor: necesito el amparo de vuestros consejos, y no dudo que me le otorgareis, pues se trata de mi porvenir, de mi opinion, de mi vida acaso.

KEAN. ¡Vuestro porvenir! ¿Qué otra cosa sino felicidades augura para vos el sereno cielo de vuestra frente? ¡Vuestra opinion! ¿Quién se atreveria á vulnerarla? ¡Vuestra vida! Por todas partes donde brille nacerán flores como bajo la influencia del sol.

ANA. Quizá los años que me restan de existencia serán mas dichosos que los que ya he vivido; pero no hace un cuarto de hora que dudába si debia morir ó dar este paso.

KEAN. ¿Qué decis, señorita?

ANA. Ayer era yo todavia la novia de un hombre que aborrezco, y con el cual pretenden unirme con indisolubles lazos, no mis padres queridos, que huérfana soy, sino mi tutor. Anoche debia efectuarse mi boda; pero yo tuve la locura ó la inspiracion de abandonar mi casa.

KEAN. ¿Y á qué debo la honra de que me hayais elegido por consejero ó defensor?

ANA. Porque sois el ejemplo mas digno de que una criatura abandonada puede proporcionarse recursos para subsistir y conquistar un nombre glorioso.

KEAN. Cómo, ¿pensais dedicaros al teatro?

ANA. Si, señor. Hace muchos años que mi corazon se recreaba con este pensamiento, cuya realidad juzgaba imposible; pero que ahora...

KEAN. ¡Pobre niña!

ANA. ¿Me compadeceis?

KEAN. Os compadezco. Es tanta vuestra juventud, es tan grande vuestro candor, que cometeria un crímen si os ocultase la verdad en este momento solemne. Os hablaré como si fuera vuestro padre, mi edad me autoriza para ello.

ANA. Os escucho.

KEAN. Por desgracia solo conoceis hasta ahora el dorado exterior de nuestra existencia. Yo voy á rasgar el velo encantador que engaña vuestros sentidos, y vereis dos coronas, una de flores, otra de espinas.

ANA. Seguid.

KEAN. Al contemplar vuestra inocencia, conozco cuán delicado es el deber que me impuse. Mis palabras pueden herir algun tanto la castidad de vuestro pensamiento.

ANA. Edmundo Kean no dirá nada que no pueda oir Ana Dambi.

KEAN. Kean no pronunciaria una palabra de las que tiene que decir á la señorita Dambi, si la encontrase en el mundo en que está destinada á vivir; pero será explícito con la jóven artista que le concede su confianza y le distingue hasta el punto de venir á su casa para consultarle.

ANA. Hablad.

KEAN. Sois por extremo hermosa, y esta cualidad vale mucho, pero no es suficiente para la carrera que deseais emprender.

ANA. Yo estudiaré, y si vos os dignais dirigirme... acaso algun dia...

KEAN. ¿Y cómo podreis esperar hasta entonces? Bien sé que vuestras riquezas...

ANA. ¿Mis riquezas?... ¿Por ventura puedo disponer de esos bienes hasta que me case, segun la voluntad del pariente poderoso que me nombró su heredera?

KEAN. Yo ignoraba esa condicion.

ANA. Si mi aplicacion, si mis disposiciones no fuesen suficientes...

KEAN. Suponiendo que seais uno de los seres privilegiados que marchan delante del tiempo; solo al cabo de cinco ó seis meses encontrareis un empresario que os ofrecerá cien libras esterlinas de sueldo anual.

ANA. Mis necesidades son pocas, y con esa suma...

KEAN. Esa suma es la cuarta parte de lo que necesitareis para vuestros trajes. La seda, el terciopelo y los diamantes cuestan mucho dinero. ¿Estais dispuesta á vender vuestro amor para adornar vuestra persona y competir con vuestras compañeras?

ANA. (*Levantándose.*) Señor...

KEAN. Perdonadme. No pronunciaré una palabra mas sin vuestra licencia.

ANA. Continuad. (*Se echa el velo y se sienta.*)

KEAN. Podreis encontrar, sin embargo, un hombre que merezca vuestro amor y que os ame; rico, generoso,

honrado; que no os dé, que divida con vos su fortuna; entonces habreis evitado el primer peligro, pero os cercarán otros mil. Vos no conoceis á los periodistas de Inglaterra: algunos comprenden su elevada mision; partidarios de todo lo que es noble, bello y grande, dan gloria y esplendor á la prensa; pero hay otros á quienes la impotencia de su talento ha lanzado en la crítica, y solo viven para difamar y envidiar. Uno de estos reparará por desgracia en vuestra hermosura; al dia siguiente echará por tierra vuestro talento, despues vuestra honra. Sencilla y falta de experiencia, procurareis saber la causa que le impulsa, yendo tal vez á á su casa, como habeis venido á la mia, y entonces os contestará que no habeis comprendido sus intenciones; que sois una grande actriz; que no os odia, al contrario, que os ama... y si no le prestais oido...

ANA. ¡Qué vergüenza!

KEAN. Voy á concluir.—Vuestros rivales (porque en el teatro no hay amigos, sino émulos), vuestros rivales harán todo lo posible para impedir que ascendais un solo grado; abrirán sus mil bocas para quitaros la estimacion; emplearán para perderos toda clase de medios, medios que vos despreciareis, pero con los cuales os perderán; comprarán sus alabanzas y vuestras injurias á un precio muy cómodo, y el público, que ignora cómo se fabrican las reputaciones, acabará por creer lo que oiga repetir á cada momento, no lo que vea, no lo que exista, todo menos la verdad. Y entonces, arrasados vuestros ojos en lágrimas, lleno vuestro corazon de amargura, de indignacion el alma, maldecireis el instante en que tuvisteis el fatal pensamiento de alcanzar esa gloria que os ha deslumbrado.—Ya podeis levantaros el velo, señorita Dambi.

ANA. ¡Oh, Kean, cuánto debeis haber padecido!

KEAN. Si; grandes han sido mis tormentos, pero mayores os aguardan; porque yo soy hombre y puedo defenderme. Mi talento está bajo la jurisdiccion de la crítica, pero no mi honra. Muerden, pisotean la reputacion del actor... yo lo sufro: estan en su derecho. Pero cuando uno de esos aristarcos de café se atreve á hablar de mi vida privada, entonces la escena varia: yo soy el que amenaza, él es quien tiembla. Afortunadamente desde

que han visto cómo Hamlet maneja las armas respetan á Kean. Asi respetarán á Hamlet...

ANA. ¿Y qué importa? A pesar de su crítica, sois el rey de la escena.

KEAN. (*Con amarga ironia.*) Es verdad, soy rey tres veces por semana; tengo un cetro de madera, una corona de carton, y un reino de treinta pies cuadrados...

ANA. ¿No sois dichoso cuando todo el mundo os aplaude y admira?...

KEAN. A todas horas maldigo mi suerte; envidio al gañan que se arrastra detras del harado, y al gaviero que descansa sobre las cofas de su navio á merced de los huracanes.

ANA. Y si úna mujer rica os amara y viniese á deciros: Kean, mi fortuna y mi amor os pertenecen; salid de ese infierno de penas que atormenta vuestro noble corazon y devora vuestra preciosa existencia... abandonad el teatro...

KEAN. ¡Yo! ¡Yo dejar el teatro! ¿Ignorais que esta es la túnica de Neso, y que no se puede arrancár sino destrozando la propia carne del que la viste? No, no es posible; yo no puedo renunciar á esas emociones que matan y que resucitan para poder volver á matar; ni á esa falsa gloria que tanto seduce, ni á esos tormentos ni á esas injurias que solo teme un cóbarde. Yo no quiero abandonar el campo á Macready y á Kemble para que se me olvide antes de un año; acaso al dia siguiente. Vos no sabeis que el actor nada deja en pos de sí; que sus obras acaban cuando él, y que su memoria desaparece con la generacion á que ha pertenecido. Señorita Dambi, una vez emprendida esta fatal carrera, es menester recorrerla hasta al fin, probar todos sus goces; apurar la copa hasta las heces. Es forzoso acabar como se ha empezado, morir como se ha vivido: en fin, morir como Moliere, entre los silbidos y los aplausos.— ¿Quereis traspasar todavia esa terrible barrera?

ANA. Decidme lo que hacer debo en la situacion en que me hallo.

KEAN. ¿Dónde os retirasteis ayer al dejar la casa de vuestro tutor?

ANA. A la de una tia, que me quiere como una madre.

KEAN. Pues bien, volveos allá y seguid bajo su protección.

ANA. Lord Mervill es poderoso, osado, y cuando descubra mi asilo...

KEAN. La ley os protegerá. ¿Dónde vive vuestra tia?

ANA. Calle de Clary.

KEAN. Está cerca: voy á tener el honor de acompañaros. (*Toma su sombrero que está sobre una silla.*)

SALOM. (*Por el foro.*) Su alteza Real el Príncipe de Gales.

ANA. ¡Gran Dios!

KEAN. Dile al Príncipe que no puedo recibirle, que estoy durmiendo todavia.

SALOM. Si, le diré que habeis pasado la noche estudiando...

KEAN. No, dile que la he pasado bebiendo, y asi es mas probable que te crea. (*Salomon se va por el foro.*) Vamos, señorita.

ANA. ¡Kean! sois dos veces mi salvador. (*Kean y Ana salen por la puerta de la derecha.*)

ESCENA V.

SALOMON *y* JHON COOKS, *vestido groseramente.*

SALOM. (*Desde el foro, sujetando á Jhon.*) ¿A qué vienes tras de mí? ¿No te he dicho que está ocupado, que no puedes entrar?

JHON. Tengo precision de verle.

SALOM. (*Entra en la escena, mira por todas partes y dice para sí.*) Pues no está aqui. (*Asomándose á la puerta de la derecha.*) Ni aqui tampoco. Ya: se habrá ido con la muchacha. (*Reparando en Jhon que ha entrado detras de él haciéndose el tonto y observando.*) ¿Qué significa esto? Repito que no puedes entrar.

JHON. Si; pero ya veis como voy entrando sin inconveniente ninguno.

SALOM. ¡Qué bárbaro!

JHON. (*Ap.*) Dios te libre de mis puños.

SALOM. El señor Kean acaba de salir á la calle. (*Jhon corre y se acerca á la ventana.*) ¿Qué, no basta que yo lo diga?

JHON. (*Ap.*) Si: alli va ella con un hombre. ¡Si será él! Como no le conozco...

SALOM. Con que puedes volverte por donde has venido; y si quieres dejarme la carta...

JHON. Debo entregarla en propia mano.

SALOM. Entonces tienes que volver otro dia.

JHON. ¡Otro dia! Si se trata de una cita para esta noche.

SALOM. ¡Hola! ¿Sabes tú lo que dice la carta?

JHON. Me lo figuro

SALOM. Si es asi, di á la persona que te envia que tenemos que hacer esta noche.

JHON. ¿Dónde?

SALOM. Hombre, ¿me quieres apurar la paciencia?

JHON. Quiero ver al señor Kean; y si me decis dónde va...

SALOM. ¡Bruto!

JHON. ¿Eh?...

SALOM. Figúrate que fuese á visitar al Príncipe de Galles; ¿te dejarian entrar en la casa con ese perjeño? Si pareces un parroquiano de la taberna del Carbon.

JHON. Con que es decir que va esta noche á la...

SALOM. (*Con disgusto.*) ¿Quién te ha contado que va á la taberna del Carbon?

JHON. (*Ap.*) ¡Ah! ¿con que va á la taberna?

SALOM. Responde.

JHON. ¿No decis que tiene que visitar al Príncipe de Galles?

SALOM. Si... si... eso es: al Príncipe de Galles. (*Ap.*) ¡Pues no le iba á decir la verdad!

JHON. Adios, hasta la noche...

SALOM. ¿Dónde piensas verme esta noche?

JHON. (*Dirigiéndose al foro.*) ¡Toma! ¿Dónde ha de ser? En la casa del Príncipe de Galles.

SALOM. (*Ap.*) ¿Se estará burlando de mí?

JHON. Hasta la noche.

SALOM. (*Da algunos pasos hácia él. Retrocediendo.*) Este hombre me da mala espina. (*Cae el telon.*)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

Taberna. Puerta en el foro; otra en la izquierda, y otras dos á la derecha en primero y segundo término: mesas, bancos y demas utensilios propios del local. Sobre la mesa de la izquierda aparecen algunos periódicos. En el foro habrá colocado un farol que alumbre escasamente la escena, y otra luz mas próxima y mas brillante, que pueda retirarse á su tiempo.

ESCENA PRIMERA.

JHON-COOKS, *el* CONSTABLE, PETER-PATT, GREGORIO, MARINEROS, BEBEDORES. *El Constable aparecerá leyendo un periódico al lado de una mesa inmediato al proscenio. Los demas estarán cerca del foro bebiendo. Peter habla con ellos. Jhon tendrá un cardenal que le ocupe toda la cuenca del ojo.*

PETER. ¿Con que lo retiraron sin conocimiento?
JHON. (*Bebiendo un vaso de cerveza.*) Exactamente.
PETER. ¿Y cuántos dientes le rompiste?
JHON. Siete: dos caninos y cinco incisivos.
PETER. ¿De ese modo el príncipe de Sutherland, que apostó por tí, ha ganado la partida?
JHON. ¿Qué duda tiene? Me ha dado varios apretones de mano y una guinea por cada diente roto: le he prometido be-

ber á su salud, y ya veis cómo le cumplo mi palabra. (*Bebiendo otro vaso.*)

PETER. ¿Y tú no has recibido mas que ese golpe?

JHON. Nada mas; pero esto no vale cosa: es asunto de tres dias; hoy negro, mañana violado, al siguiente amarillo y volaverunt.

ESCENA II.

LOS MISMOS, LORD MERVILL. *Este entra por la segunda puerta de la derecha.*

MERVILL. ¿El dueño de la taberna?

PETER. Aqui estoy.

MERVILL. Oye aqui. (*Desde la derecha del proscenio.*)

PETER. ¿Qué mandais?

MERVILL. Escucha con atencion lo que voy á decirte. (*Continúa hablando con Peter.*)

GREG. (*A Jhon.*) ¿Tú, que tratas con personas de tan alto copete, conocerás á ese caballero?

JHON. Es un noble á quien han robado la novia. Lord Mervill.

PETER. (*A lord Mewill.*) ¿Una jóven?

MERVILL. Si, una jóven que vendrá á las nueve y que te pedirá una habitacion. ¿Tienes alguna medio decente y reservada?

PETER. ¡Tengo una magnífica!

MERVILL. ¿Dónde está?

PETER. ¿Veis esa puerta de la derecha? (*Señalando la puerta cerca del proscenio.*)

MERVILL. Basta. Aposéntala en ella. (*Dándole dinero.*) Estás pagado.

PETER. ¿Necesitais alguna otra cosa?

MERVILL. ¿Conoces alguno que tenga un buque muy velero, y del cual pueda yo disponer por una semana?

PETER. ¿No he de conocer, si concurren á mi taberna los mejores marineros del Támesis? (*Recio á Gregorio.*) Gregorio!

GREG. (*Aproximándose.*) ¿Que se ofrece?

PETER. Este caballero necesita un buen slop por ocho dias.

GREG. Por el tiempo que guste, con tal de que nos ajustemos.

MEIRVLL. No quedarás descontento. Pero ¿es ligero?

GREG. *Mi reina Isabel* vuela: podeis tomar informes de quien os parezca.
MERVILL. ¿Dónde está ahora?
GREG. Anclada á un cuarto de milla de aqui. ¿Quereis verla?
MERVILL. Si, vamos, y de camino te enteraré...
GREG. Como gusteis. (*Salen por la derecha.*)

ESCENA III.

PETER, JHON, *bebedores*, AMY. *Esta entra por la puerta del foro cubierta con un velo; y apenas penetra en la habitacion se levanta Jhon y se dirige á ella con respeto.*

AMY. (*Habla con Jhon reservadamente.*) ¿Ha venido él?
JHON. Ya sabeis que no le conozco.
AMY. ¿Y ella?
JHON. ¿La señorita Dambi? No señora.
PETER. (*Para sí.*) Esta noche es noche de aventuras.
AMY. ¿Estás seguro de qué vendrá Kean á este sitio?
JHON. Ya os he contado lo que averigüé esta mañana.
AMY. Bueno: llama al dueño de la casa. (*Jhon se dirige á Peter, hace como que le da el recado y se coloca junto á la puerta de la derecha, de manera que se encuentre con Amy cuando esta se va. Amy ap.*) ¿Será Ana, ó será Elena la que me roba el corazon de Kean? ¿Vendrá alguna de ellas en su busca á este despreciable lugar? ¡Imposible! ¿Y por qué? ¿No he venido yo?... Necesito desengañarme. Esperaré aqui.
PETER. Vengo á saber...
AMY. Una habitacion reservada...
PETER. ¡Ah!.. ¿Sois vos la jóven para quien tomó aquel caballero ese cuarto?
AMY. (*Ap.*) ¿Qué oigo?
PETER. Me dijo que no vendriais hasta las nueve; y como todavia no han dado las ocho...
AMY. Si... ya lo sé. (*Ap.*) La suerte me protege. Oye: mas tarde vendrá la jóven que estás esperando. Yo he venido de parte suya para prevenir...
PETER. (*Indicándola la primera puerta derecha.*) ¡Ya! si quereis aguardarla, esa es la habitacion.
AMY. No es menester. Y, dime, ¿no tiene otra salida ese cuarto?

PETER. Si señora. Pero está cerrada.
AMY. ¿Y la llave?
PETER. Aqui la teneis. (*Ap.*) Ya me figuré que haria falta...
AMY. Adios. (*Ap.*) Volveré á las nueve.
PETER. (*Para sí.*) Cuando digo que es noche de aventuras.
AMY. (*A Jhon.*) Quédate ahi, y avísame de cuanto ocurra. (*Váse por la segunda puerta derecha.*)

ESCENA IV.

JHON, PETER, *bebedores. Luego* KEAN. *Este entra por la puerta del foro vestido de marinero y cubierto con un tabardo.*

PETER. (*A Jhon que se va á reunir con los bebedores.*) ¡Cáspita! ¿Conoces tambien á esta dama encubierta?
JHON. (*Desentendiéndose.*) Pues, como os decia, el combate de hoy me coloca al frente de todos los baxeadores de Inglaterra.
PETER. ¿Y para cuánto tiempo crees tú que tendrá el otro? ¿tu contrincante?
JHON. Para tres meses largos.
KEAN. (*Entrando por el foro y dirigiéndose á la derecha del proscenio.*) Señor Peter-Patt.
PETER. ¿Quién me llama? (*Se levanta, y al acercarse á Kean habla sin que lo comprendan los demas.*) ¡Ah! ¿Sois vos, señor?
KEAN. El mismo. ¿Y la cena?
PETER. Pronto estará corriente.
KEAN. ¿Quedaré contento?
PETER. Todo lo mejor que hay en mi casa es siempre para vos. Se os servirá en la sala grande.
KEAN. Bien está. (*Se sienta á la mesa de la izquierda, cerca del Constable.*) Mientras llega la hora, dame de beber.
PETER. ¿Aguardiente, ó cerveza?
KEAN. ¿Me tomas por algun flamenco, bribon? Tráeme vino del Rhin. (*Sale Peter y vuelve con una botella.*)
JHON. (*A sus compañeros.*) ¡Pues no se da poco tono ese marinero de agua dulce! ¿Si creerá que la cerveza y el aguardiente van á deshonrar su delicado estómago?
BEBEDORES. ¡Já!.. ¡Já!..
KEAN. (*A Peter que trae una botella y vasos.*) ¿No ha venido nadie todavia?

PETER. Nadie.

KEAN. Pues mientras llegan vete á dar un vistazo á la cena, no sea que se queme.

PETER. Allá voy. (*Se va por la izquierda.*)

JHON. (*Que ha estado hablando con los marineros, señalando á Kean.*) Nada, nada: es preciso darle una buena leccion á ese majadero.

VARIOS. Si... si...

UNO. ¿Qué vas á hacer?

JHON. Yo os juro que si bebe un solo vaso del vino que tiene delante, me resigno á perder el nombre que tengo. (*Se aproxima á Kean con ademanes de maton. Todos los bebedores fijan la atencion en Jhon y Kean.*) Parece que no hay muchos hielos en el polo, señor ballenero, y que la pesca ha sido decente.

KEAN. (*Comprendiendo su intencion y mirándole con aire de burla.*) ¿Qué es eso que teneis en el ojo?

JHON. ¿Tratais de convertir el aceite de ballena en vino del Rhin?

KEAN. Os aconsejo, amigo mio (*Echando vino en un vaso.*), que os pongais inmediatamente cuatro sanguijuelas al rededor.

JHON. (*Toma el vaso que acaba de llenar Kean, se lo bebe y lo vuelve á dejar donde estaba.*) Veamos que tal es. (*Los bebedores dan señales de aprobacion.*)

KEAN. (*Volviendo á llenar el vaso.*) A no ser que os parezca mejor conservar esa marca, para que haga juego con la que muy pronto vais á tener en el otro ojo.

JHON. Pues qué ¿sospechais?...

KEAN. No lo sospecho. Estoy muy seguro de que sucederá.

JHON. Y ¿qué daré yo en cambio?

KEAN. Se os operará gratis.

JHON. (*Bebiendo el otro vaso.*) ¡A la salud del cirujano! (*Los bebedores se regocijan.*)

KEAN. (*Se levanta y se quita pausadamente el tabardo.*) Gracias, amigo mio.

JHON. (*Riendo.*) ¡Calla! con que sois vos...

KEAN. El que se encarga de regularizar vuestro rostro. (*Preparándose para boxear. Todos se levantan y se van aproximando.*)

TODOS. ¡Bravo! ¡Bravo! (*El Constable se levanta y observa con gusto.*)

JHON. ¡Já!.. ¡Já!..

UNO. Haced corro... haced corro... (*Los bebedores se colocan en semicírculo.*)

OTRO. No me quiteis la vista.

PETER. (*Sale y dice á Jhon que se prepara para la lucha.*) Jhon, ¿qué vas á hacer?

JHON. ¿No lo estás viendo? ¡Qué pregunta!

PETER. (*A Kean.*) ¿Y vos, señor?

KEAN. Apártate.

PETER. (*A Jhon asombrado.*) ¿Sabes tú quién es?

JHON. Ni me importa saberlo.

PETER. Pero, señor Constable...

CONST. (*Subiéndose sobre una silla.*) Imbécil, no te pongas delante de mí.

PETER. Pues, señor, que se rompan la crisma, si tal es su gusto. (*Se coloca entre los espectadores. Mientras Peter ha dicho estas palabras, Jhon y Kean se ponen en guardia: en seguida se acometen, y á la primera embestida da Kean un golpe en el ojo sano á Jhon: este retrocede, vacila y cae en brazos de sus compañeros, que lo retiran de la escena por el foro. Algunos bebedores le siguen.*)

JHON. ¡Oh!

VARIOS. ¡Bien! ¡Bien! (*Se aproximan como para reconocer á Kean y darle el parabien, y luego se van con los que conducen á Jhon.*)

CONST. (*Desde la silla.*) ¡Magnífico golpe!

KEAN. (*Poniéndose el tabardo.*) Peter.

PETER. ¿Qué mandais?

KEAN. Otra botella. (*El Constable se baja de la silla.*)

PETER. Pronto habeis despachado el asunto.

CONST. (*A Kean.*) Recibid mi enhorabuena, señor marinero.

KEAN. Gracias. Sentaos, y hacedme el obsequio de aceptar un vaso de este excelente vino.

CONST. (*Sentándose.*) Habeis dado un puñetazo de primer órden.

KEAN. No lo creais. Si hubiera retirado el codo hasta el cuerpo y extendido el puño hácia arriba, ese pobrete tendria ahora la cabeza hecha trizas.

CONST. (*Con sentimiento.*) ¡Qué lástima! Pero ya no tiene remedio: otra vez sereis mas dichoso.

KEAN. No fué mi intencion hacerle mas daño. Prometí darle un golpe semejante al que habia recibido...

CONST. Y habeis cumplido religiosamente vuestra palabra. Sin embargo, me parece que el vuestro, el segundo, lleva algunas ventajas al primero.

KEAN. ¿Sois inteligente?

CONST. Y aficionado como ninguno. No hay en mi jurisdiccion un solo combate de box que yo no presencie. ¡Estimo tanto á los artistas!

KEAN. ¿Si, eh? Pues entonces, señor Constable, dignaos asistir á la cena que doy esta noche, y os presentaré uno.

CONST. ¡Hola! ¿Teneis convidados?

KEAN. Soy padrino de un bautizo... y aqui teneis la madrina. (*Señalando á Ketti, que aparece con los demas convidados por la puerta del foro.*)

CONST. Voy á decir á mi mujer que esta noche me recogeré mas tarde de lo que tengo por costumbre.

KEAN. Decidla que no volvereis hasta la mañana.

ESCENA V.

KEAN, KETTY, *convidados. Estos permanecen en el fondo. Despues* PISTOL. *Luego* PETER.

KEAN. ¡Ketty!

KETTY. ¡Oh! Señor Kean: ¿no me habeis olvidado?

KEAN. Y tú, amiga mia, ¿te acuerdas siempre del pobre titiritero, aunque haya cambiado su nombre por el de Edmundo Kean?

KETTY. Siempre, porque no ha cambiado su buen corazon.

KEAN. ¿Estás contenta?

KETTY. Esta noche, por lo menos, me considero muy dichosa. ¿No soy la madrina? ¿No sois el padrino de mi hermano?

KEAN. Y lo quiero ser de tu boda.

KETTY. Nadie me ama; yo á nadie quiero.

KEAN. Cuando llegue el caso, ven á buscarme, hija mia, y yo me encargo de tu dote.

KETTY. (*Conmovida.*) ¡Señor Kean!

KEAN. (*Dirigiéndose á Pistol, que acaba de entrar.*) Y bien, Pistol, ¿dónde se ha metido tu padre?

PISTOL. (*Con grande sentimiento.*) En la cama.

KETTY. (*Asustada.*) ¿En la cama?

KEAN. ¿Qué dices? ¿Qué le ha sucedido?

PISTOL. Un azar. Figuraos, señor, que se detuvo, mas de lo que fuera menester, en vestirse de toda gala, y que al salir á la calle se acuerda de la maldecida trompeta. Yo, viendo que era tarde, me opuse á que volviese por ella. «No en mis dias (contestó); quiero tocar un aire del Desierto para solemnizar el banquete.—Decid mas bien para hacer llorar al recien nacido.—Corre á buscar el instrumento.—¿Y sé yo acaso dónde teneis el instrumento?»—Aqui llegaba nuestro diálogo, cuando mi padre, que como sabeis tiene el genio muy vivo, no bien hubo escuchado mi última réplica, cuando levanta el pié para largarme una insinuacion de otra especie; pero yo, que conozco perfectamente sus mañas, y que jamás le pierdo de vista cuando habla conmigo, huyo el cuerpo y...

KEAN. ¿Te libraste del golpe?

PISTOL. ¡Si, desgraciadamente! Pero no encontrando mi padre el punto de apoyo que buscaba, pierde el equilibrio y ¡paf! cayó desplomado en el suelo.

KETTY. ¡Dios mio! ¿Se ha lastimado?

PISTOL. (*Muy afligido.*) Se ha magullado todo el cuerpo.

KEAN. Anda á llamar á un facultativo.

PISTOL. Eso fué lo primero que hice.

KETTY. ¿Y qué ha dicho?

PISTOL. Que no es cosa grave, pero que no podria trabajar en una semana.

KEAN. ¡Entonces!...

PISTOL. ¿Os parece poca desgracia? La trompeta de mi padre es conocida como la muestra de la taberna del Carbon. Mientras que esté muda todos creerán que hemos hecho bancarrota, y... adios parroquianos.

KEAN. ¿Es decir?...

PISTOL. Que toda la compañia tendrá que ayunar hasta el dia del juicio. O lo que es lo mismo, hasta que suene la trompeta.

KEAN. (*Llamando.*) Peter. (*Este aparece por la izquierda.*) Trae recado de escribir.

KETTY. (*A Pistol.*) ¿Qué irá á hacer?

PISTOL. Allá lo veremos.

PETER. (*Saliendo.*) Aqui está.

KEAN. (*Escribiendo sobre una mesa dice á Peter.*) Harás que lleven esta carta al director del teatro de Drury-Lane.

PETER. Está bien, señor. (*Kean dobla la carta y se la da á Peter: este la entrega á un criado de la fonda, que atraviesa por el fondo, y parte con ella.*)

KEAN. (*A Peter.*) Toma. (*A Ketty y demas.*) Mañana hago el segundo acto de Romeo y el Falstaff en el teatro de Druri-Lane á beneficio de un antiguo compañero que está enfermo. (*Murmullos de alegria y de aprobacion.*)

KETTY. (*Limpiándose las lágrimas.*) ¡Alma generosa!

PISTOL. (*Arrojándose á besarle una mano.*) ¡Dejadme besar vuestra mano!

KEAN. (*Retirando la mano y desentendiéndose.*) Ea, ea, ¿estan ya todos reunidos?

PISTOL. No falta nadie.

KEAN. Pues marchemos.

PISTOL. La iglesia no dista veinte pasos de aqui. (*Vánse por la puerta del fondo.*)

ESCENA VI.

PETER, *luego* JUAN, *y despues* SALOMON, *que entra por la derecha.*

PETER. (*Llamando.*) Juan.

JUAN. ¿Qué hay?

PETER. ¿Está todo listo?

JUAN. Si señor.

PETER. Te prevengo que no bautices las botellas destinadas al señor Kean.

JUAN. ¿Y las otras?

PETER. Las otras... ¡Pchis!.. son para los otros.

JUAN. ¿Pues qué, los otros?..

PETER. Son menos conocedores que el señor Kean.

JUAN. Ya comprendo. (*Váse.*)

SALOM. (*Entrando.*) ¡Hola! señor Peter.

PETER. ¡Buenas noches, señor Salomon! ¡Diablo! Veo que entendeis la aguja de marear. Llegais tarde para la ceremonia y temprano para la cena.

SALOM. ¿Pues qué, se han marchado?

PETER. Ahora poco. ¿Quereis tomar alguna cosa mientras vuelven?

SALOM. Nada. Al instante que regrese nuestro gran actor, decidle que le espero aqui; que necesito hablarle á solas; á solas, ¿estais?

PETER. Asi lo haré. Hasta luego. (*Váse.*)

SALOM. (*Se sienta donde estuvo el Constable y coge un periódico de los varios que habrá sobre la mesa.*) Veamos qué se dice de nuestra última representacion del *Moro de Venecia.* (*Leyendo.*) «*Paris... Viena... San Petersburgo...*» ¡Eh!.. ¿Qué le importa á nadie lo que pasa en Francia, en Austria ni en Rusia? ¡Ah!... «*Teatro de Drury-Lane: representacion del Moro de Venecia por Kean. Esta funcion ha llevado poca gente al teatro.*» Poca y se devolvieron mas de quinientas entradas. «*La mala eleccion de las producciones...*» ¡Muchas gracias! Se hacian dos de las mejores obras de Shakspeare. «*La medianía de los actores.*» Y han tomado parte en ella lo mas selecto de la compañia! la O'Neil, La Siddons, Kean,... *La feroz expresion de Kean, que nos representó en Otelo un salvaje.,.*» ¡Estúpidos!.. ¿Si creerán que Otelo fué un almivarado Dandy? ¿Y firma?.. ¡Ah! ya comprendo... «Cooksman..» Este le debe á Kean... (*Haciendo ademan de contar dinero.*) He aqui una crítica bien imparcial. Venga otro periódico. ¡Hola! Los artículos teatrales de este estan escritos por nuestro compañero Brixon. El público lo ignora, pero nosotros... Veamos como se juzga á sí mismo el actor. «*La funcion que tuvo lugar anoche en el teatro de Drury-Lane ha sido magnífica; el local estuvo completamente lleno.*» Es verdad. «*La grande y sombria figura de Yago*» Su papel. «*fué inmejorablemente representada por Brixon.*» ¡Qué modestia! Pero qué diantre; mientras se contente con elogiarse á sí propio... «*En cambio, la flogedad con que fué interpretado el papel de Otelo.*» Este lo encuentra flojo... el otro fuerte... «*hizo resaltar el acierto de nuestro eminente...*» ¡Qué farsa! (*Tira el periódico.*) Venturoso yo, que no soy mas que un pobre apuntador!

ESCENA VIII.

SALOMON, KEAN.

KEAN. ¿Qué es lo que tienes que decirme con tanta reserva? ¡Nos está esperando la cena!

SALOM. Yo no he venido para cenar: sino á daros parte de lo que sucede en vuestra casa.

KEAN. Habla: dí, ¿qué sucede?

SALOM. Ese bribon de Samuel, el diamantista judio; ya le colnoceis?..

KEAN. Adelante.

SALOM. Ha conseguido auto de prision contra vos por aque pagaré de cuatrocientas libras esterlinas, y el juez con sus satélites ha invadido vuestra casa.

KEAN. ¿Qué me importa? Ellos estan en mi casa, y yo en la taberna.

SALOM. Pero es que segun dicen esperarán hasta que volvais.

KEAN. El mal será para ellos, porque no volveré.

SALOM. ¡Señor!

KEAN. ¿Dónde puedo estar mas á gusto? Aqui tengo excelente vino, mesa abundante, crédito abierto y amigos que me aman; con que deja al juez y á sus sabuesos que se fastidien en mi casa y vamos nosotros á divertirnos toda la noche.

SALOM. ¿Y si averiguan que estais aqui?

KEAN. No es fácil; mi disfraz...

SALOM. Tengo yo ciertos antecedentes...

KEAN. ¿Acabarás de fastidiarme con tus negros augurios?

SALOM. Ya he concluido: no dejeis de divertiros; yo velaré por vos.

ESCENA IX.

SALOMON, KEAN, ANA DAMBI, *despues el* CONSTABLE.

ANA. (*Derigiéndose á Kean, que confunde con otro.*) Una habitacion que está pedida para mí...

KEAN. (*Reconociéndola con extrañeza.*) ¡Qué veo!

ANA. (*Reconociéndole.*) ¡Ah! ¿sois vos?

KEAN. Me extraña veros aqui; señorita Dambi: en una taberna del puerto: ¿qué buscais aqui?

ANA. ¿Eso me preguntais?

KEAN. Perdonad, aunque el derecho que me habeis dado á vuestra confianza me autoriza para haceros esta pregunta. Salomon, amigo mio, ve á decir que me esperen cenando. (*Se va Salomon.*)

ANA. (*Aparte y cortada.*) No comprendo...

KEAN. Ya estamos solos: en nombre del cielo, confiadme el objeto de vuestra venida.

ANA. (*Sacando una carta.*) ¿Esta carta no es vuestra?

KEAN. ¿Una carta mia? Yo no he tenido el honor de escribiros.

ANA. Pues qué, ¿no me habeis escrito que corria peligro mi libertad; que debia abandonar la casa de mi tia; que viniese esta noche á este sitio; y que un hombre enmascarado, persona de vuestra confianza, me conduciria á un paraje seguro, donde vos iriais á buscarme despues?

KEAN. ¡Qué infamia!..

ANA. Ved. (*Dándole la carta, que Kean coge con prontitud y lee para si.*) En ella se dice que os teneis que valer de otro, porque os espian y os persiguen como á mí.

KEAN. Es verdad; y han procurado imitar mi letra. Aqui se habla de una lancha... (*Leyendo como á trozos hasta el final.*) «os reunireis conmigo... á las nueve... tened confianza en mí; seguid mis instrucciones, y creed que nada arriesga vuestro decoro, segura como estais del inmenso... amor... que os profesa... ¿Y han tenido tambien atrevimiento?..

ANA. Ya lo veis: yo debia haber adivinado que no era vuestra esa carta.

KEAN. ¡Cuántas gracias tengo que dar al cielo por haberme conducido á este sitio! Hay en todo esto un misterio infame, que es necesario penetrar y que descubriré. Nada temais; yo os defenderé como si fueseis mi hermana mas querida; yo pondré á salvo vuestra opinion, y en seguro vuestra persona.

ANA. ¡Mi opinion! ¿Creeis que no esté perdida para siempre? Tomando vuestro nombre han consignado en esa carta una declaracion, que imaginaron eficaz para conducirme hasta aqui; y ya lo veis, me encuentro en este sitio.

KEAN. Vos no habeis venido á buscar á un amante, sino á un protector. Los últimos renglones de esa carta aseguran que os amo, pero no que me amais, y nadie tiene derecho para suponer en vos una inclinacion que no existe.

ANA. (*Ap.*) ¡Qué no existe!

KEAN. Vos no habeis dado el menor motivo.

ANA. Temo haber dado suficiente...

KEAN. ¿Qué decis?..

ANA. Nada.

KEAN. Señorita...

ANA. Vos no sabeis todas las circunstancias de mi vida; aunque el cielo ha querido haceros partícipe de las penas que afligen á esta huérfana desgraciada. ¡Ah! ¡por qué no me han dejado morir!

KEAN. ¿Morir vos?

ANA. Hace algunos meses que me ví al borde del sepulcro; una melancolia profunda se habia apoderado de mí; faltaban fuerzas á mi cuerpo; á mi pecho aire; á mis ojos luz, y me sentia arrastrada hácia la muerte sin pena y sin dolores, porque no deseaba, no esperaba, no amaba nada. Los médicos manifestaron que era imposible mi curacion, y mi tutor determinó distraerme para mitigar mis padecimientos. Fuí por primera vez al teatro; entré en el salon; experimenté una sensacion casi dolorosa; las luces me desvanecian; aquella atmósfera me ahogaba. A poco sentí un extraño consuelo; acababa de levantarse el telon: me vuelvo instintivamente para respirar aquel aire mas puro, y todo mi ser se estremeció al escuchar un acento que me pareció sobrehumano; versos melodiosos, palabras de amor, que jamás antes habian llegado á mis oidos. Quedé muda, inmóvil: hablaba Romeo. Al dia siguiente no fué necesario que me rogasen; yo misma corrí al teatro de Drury-Lane, preocupada con los recuerdos del anterior; se hacia el *Moro de Venecia.* Conocí otro amor, otro hombre, pero fué igual mi éxtasis; ya pude hablar y decir, esto es grande, sublime. Desde entonces ya solo vivia con la esperanza de volver al teatro; busqué á Otelo, pero me encontré con la cabeza sombria y pálida de Hamlet; mis manos aplaudieron, mis lágrimas corrian. Romeo me hizo conocer el amor, Otelo los celos, Hamlet la desesperacion, y el alma del actor pasó entera á mi pecho: el actor era Kean.

KEAN. ¡Era yo! (*Con satisfaccion, que reprime inmediatamente.*) (*Ap.*) ¿Qué me he atrevido á imaginar?..

ANA. ¿No tengo razon para temer? Todos saben como he vuelto á la vida; todos han visto mi entusiasmo...

KEAN. El entusiasmo no es amor. ¡Si hubieran de creer que me aman todas las personas que me aplauden!..

ANA. Recordad que desde que abandoné la casa de mi tutor,

me han visto entrar dos veces en la vuestra, y que ahora mismo estoy con vos en una taberna del puerto.

KEAN. Es verdad: debeis salir inmediatamente de aqui, porque ese hombre no puede tardar. (*Ap.*) Yo le esperaré. ¿Pero quién os conducirá? No es conveniente que me vean á vuestro lado...

ESCENA X.

KEAN, ANA, *el* CONSTABLE, *luego* PETER, *que permanece retirado.*

CONST. (*El Constable, que ha salido por la izquierda en busca de Kean, interrumpiéndole sin reparar en Ana.*) ¿Pero valiente marinero, no quereis siquiera acompañarnos á los postres? (*Reparando en Ana.*)

KEAN. ¡El cielo os envia, señor Constable! Aqui teneis á la señorita Ana; una de las mas ricas herederas de Lóndres; á quien se persigue y pretende casar contra su gusto. Os la confio, seguro de que nada tiene que temer bajo vuestra proteccion.

CONST. ¿Y quién sois vos para reclamar el auxilio de mi ministerio.

KEAN. Nada importa el nombre de aquel que reclama el amparo de las leyes. La justicia tiene vendados los ojos; abiertos los oidos y extendidos los brazos.

CONST. ¡Qué cambio!

KEAN. Pero si quereis saber mi nombre, á nadie lo niego: yo soy Kean.

CONST. ¡Kean!

KEAN. (*Ofreciéndole su mano.*) Os habia ofrecido presentaros un artista, y cumplo mi palabra.

CONST. (*Estrechando la mano de Kean.*) ¿Es posible que no os haya reconocido? Señorita, ya estais bajo el amparo de la ley. (*A Kean.*) ¿Qué debo hacer?

KEAN. Conducidla inmediatamente á vuestra casa. Alli puede permanecer esta noche; yo no debo abandonar este sitio.

ANA. (*Comprendiendo la intencion de Kean. Ap.*) No os espongais por mi causa.

KEAN. Tranquilizaos. (*Al Constable.*) Este accidente, señor Constable, no varia nuestro programa; espero que volvereis. A Dios, señorita.

ANA. A Dios, señor Kean. (*Ana y el Constable se van por el foro.*)

KEAN. Peter, necesito estar solo. Puedes retirar esa luz.

PATER. Os vais á quedar casi á oscuras.

KEAN. ¡Vamos!...

PETER. (*Ap. Llevándose la luz.*) Cuando digo yo que la noche... (*Váse por la izquierda.*)

ESCENA XI.

KEAN, *despues* LORD MEIRVLL.

KEAN. ¡Qué iniquidad! Cuando pienso que habia mil probabilidades para que yo no viniera á esta casa, y que entonces el rapto se hubiera verificado en mi nombre... Hé aqui por qué hicieron creer á todo el mundo que yo habia robado á esa niña, cuando aun no la conocia... Por fortuna aqui estoy, y, vive Dios, que he de escarmentar su vileza. Alguien llega... ¿Será él?... ¡Oh! ¡sin duda! Tenia miedo de que no viniese. (*Se retira á un lado.*)

ESCENA XII.

KEAN, LORD MERVILL. *Trae puesta una careta y entra por la segunda puerta derecha.*

MERVILL. (*Desde el fondo.*) Ya habrá venido; la escasa luz y la soledad de esta habitacion me favorecen. Aquel es el cuarto. (*Dirigiéndose á la puerta de la derecha inmediata al proscenio.*) Entremos.

KEAN. Deteneos (*Pasando por detras é interponiéndose.*)

MERVILL. Perdonad, buen hombre, y dejadme pasar.

KEAN. Perdonad, caballero, pero no pasareis.

MERVILL. ¿Por qué razon?

KEAN. Porque aun no es carnaval, ni estamos en aquella era del mundo en que se permitia andar con máscara por las calles.

MERVILL. En cualquier tiempo hay circunstancias que hacen necesaria esta precaucion.

KEAN. Un hombre honrado y un noble proyecto llevan siempre descubierta la cara. Conozco vuestro proyecto, y

es infame; ahora voy á conocer vuestra cara, y sabremos el aprecio que el hombre merece.

MERVILL. ¡Cómo!

KEAN. Apresuraos á quitaros esa careta, ó por mi vida, caballero, que os la arranque yo mismo.

MERVILL. (*Abanzando y conteniéndose.*) ¡Miserable!

KEAN. Apresuraos; pronto, pronto.

MERVILL. (*Ap.*) ¿Quién será? No conviene que me reconozcan. (*Trata de retirarse.*)

KEAN. (*Sujetando con su mano izquierda el brazo derecho de Lord Mervill.*) No saldreis de aqui. Todavia teneis una mano libre; desenmascaraos, caballero, y no deis lugar á que la mia se aproxime á vuestro rostro.

MERVILL. (*Haciendo esfuerzos para desasirse de Kean.*) Esto es ya demasiado; yo sabré quién es el insolente que me insulta.)

KEAN. Y yo quién es el cobarde que quiere huir. (*Le arranca la careta.*)

ESCENA XIII.

LOS MISMOS, PETER, CONVIDADOS *y* BEBEDORES. *El primero sale inmediatamente con una luz. Los demas van entrando paulatinamente hasta ocupar la mayor parte de la escena.*

PETER. ¡Qué voces!...

MERVILL. ¡Kean!...

KEAN. ¡Lord Mervill! no me habia equivocado.

MERVILL. (*Mirando al rededor.*) ¿Esto es una infame emboscada?

KEAN. No, milord: este es un asunto que ventilaremos nosotros únicamente.

MERVILL. ¿De qué hablais? Quién os ha dado derecho para expiar mis pasos, para juzgar mi conducta.

KEAN. Habeis tomado mi nombre para cometer una villania y me debeis una satisfaccion.

MERVILL. ¡Una satisfaccion!... (*Con irónica sonrisa.*) Quisiera complaceros, pero me es imposible. Un lord, un noble, un par de Inglaterra, no puede batirse con un payaso, un saltimbanqui, un histrion.

KEAN. ¿Qué decis? (*Levanta una silla con ademan amenazador, y reprimiéndose la vuelve á bajar lentamente hasta dejarla en su sitio con amarga ironia.*) Teneis razon: hay mucha

distancia entre nosotros. Lor Mervill es un hombre ilustre; hijo de una de las primeras familias de Inglaterra, de antigua nobleza conquistadora!.. Es verdad que ha derrochado la fortuna de sus padres en juegos de azar, en apuestas de boxeadores y en carreras de caballos; que ha mancillado los nobles timbres de su casa con bajas acciones, mientras que el bufon Kean, nacido... no se sabe dónde; abandonado en una plaza pública, sin apellido, sin amparo y sin patrimonio; se ha creado un nombre tan digno como el primero y una fortuna que envidiarian muchos poderosos. Pero todo esto no obsta para que Lord Mervill sea un noble y Kean un payaso. (*Corta pausa.*) Es cierto que Lord Mervill, queriendo restablecer su fortuna con un enlace desigual, ha intentado violentar la inclinacion de una jóven indefensa y débil, mientras que el histrion Kean amparaba á la huérfana, respetando su inocencia y su hermosura. ¿Qué importa? A pesar de esto, Mervill es un lord, Kean un saltimbanqui. ¿Quién duda que hay una gran distancia entre nosotros? Por eso Lord Mervill, conde, par y legislador de Inglaterra, para quien estan abiertos los alcázares de nuestros reyes, cuando se digna descender hasta venir á rozarse con el pueblo, cambia de nombre... toma cualquiera... el de un cómico, y firma con él una carta... hecho que segun nuestras leyes, como debe conocer el noble par, se castiga con presidio ó con galeras: nada menos. ¿No es cierto, milord?

MERVILL. (*Con ira reconcentrada.*) ¡Oh!..

KEAN. Por eso se cubre el rostro cuando pretende robar á una jóven; pero el actor Kean viene á socorrerla con el suyo descubierto; arranca la máscara en la taberna como en el teatro, y fuerte con la ley que le han dado, la invoca contra aquel que la hace.

MERVILL. ¡Me estais calumniando! Mal haceis en invocar leyes que reclaman vuestro castigo.

KEAN. ¡Qué descaro! Por última vez: ¿me dais una satisfaccion?

MERVILL. Nunca.

KEAN. ¿No?.. Vos habeis olvidado que tengo pruebas y puedo denunciaros á la justicia; que hay insultos que marcan el rostro de quien los recibe como el hierro candente las espaldas de un presidiario, y sobre todo, que es-

tais en mi poder, que podria haceros pedazos entre mis manos como á este vaso... (*Cogiendo un vaso con ira.*) ¿entendeis? Como este vaso... (*Cambiando de expresion.*) si no prefiriera servirme de él para... ¡Já!.. ¡Já!.. (*A este punto Amy entreabre la puerta de la derecha próxima al proscenio y escucha.*) Llénalo Peter. (*Peter hecha vino en el vaso que tiene Kean, de la botella que ha quedado sobre la mesa; Kean brindando.*) A la salud de la señorita Ana Dambi.

AMY. ¡Su nombre! He llegado tarde. (*Lord Mervill ve á Amy, que está cubierta con un velo.*)

KEAN. Y que la persona á quien elija por esposo la haga tan feliz como yo deseo.

VARIOS. ¡Viva Kean!

KEAN. Ya estais libre; podeis marcharos, milord.

MERVILL. No, sin que primero os confunda ante esta digna cohorte que os acompaña y victorea. Ahora me toca á mí arrancar la máscara al héroe de la taberna. Oidme todos: ese que me acusa de haber intentado robar á la señorita Ana Dambi, es quien la ha seducido y quien la trae á este lugar inmundo para hacerla partícipe de sus desórdenes.

KEAN. ¡Mentis!..

AMY. ¿Qué dicen?.. (*Hace un movimiento para ver donde está Ana; al mismo instante Mervill se abalanza hácia ella, la coge por un brazo y la arrastra fuera de la habitacion.*)

MERVILL. Aqui la teneis. (*Amy queda inmóvil con la sorpresa.*)

KEAN. ¡Dios mio!.. No puede ser.

MERVILL. ¿Que no puede ser? (*Apartando violentamente el velo de Amy.*) Vedla.

AMY. ¡Ah!

KEAN. ¡Amy!

MERVILL. ¡La Condesa de Goswill!

VARIOS. ¡Una condesa! (*Cuadro. Cae el telon.*)

FIN DEL ACTO TERCERO.

ACTO CUARTO.

El teatro representa el cuarto donde se viste el actor Kean. Gran puerta al foro que da paso á la escena; otra á la derecha que comunica con el salon de descanso, y otra á la izquierda, secreta é inmediata al proscenio. En el mismo lado y próximo al foro, estará colocado un biombo. Muebles de buen gusto y propios del objeto á que está destinada la habitacion.

ESCENA PRIMERA.

SALOMON, PISTOL. *Aquel prepara vasos de agua azucarada y este lo observa todo con interés y curiosidad.*

PISTOL. Decidme, señor Salomon, y perdonad mi curiosidad, ¿qué jarope es ese que estais preparando?

SALOM. ¿No lo ves, majadero? vasos de agua con azucar.

PISTOL. ¡Ah! ya caigo. Tambien mi padre se gargariza como el señor Kean en todos los intermedios; pero con rom.

SALOM. Aqui no se permiten esos abusos. Cuando se trata del arte, soy de una severidad incorruptible.

PISTOL. En mi cuarto, que parece una ratonera, no se gasta otra cosa que agua y vinagre cuando damos un batacazo; lo cual es frecuente. (*Reparando en el guardaropa.*) ¡Calle! ¿qué ropavejeria es esta?

SALOM. Cómo, canalla. ¿Llamas ropavejeria á esos trajes tan magnificos?

PISTOL. ¡Hola! Esto suena á hueco. Aqui hay una puerta secreta.

SALOM. No tal.

PISTOL. Ya vereis si la abro... (*Buscando el resorte.*)

SALOM. (*Sujetándole.*) Detente.

PISTOL. Es necesario que el señor Kean lo sepa. Por aqui le pueden robar.

SALOM. Ya lo creo. (*Ap.*) La tranquilidad, el tiempo, la gloria.

PISTOL. Con que ¿se lo vais á decir?

SALOM. Si él supiera que has descubierto esa puerta...

PISTOL. ¿Se enfadaria?

SALOM. Te arrojaria de cabeza por un balcon.

PISTOL. ¡Zape!... Pero si yo no he descubierto nada; aqui no hay tal puerta; ¿quién ha dicho que aqui hay una puerta? (*Señalando la del foro.*) ¿Y adónde sale aquella, señor Salomon?

SALOM. A la escena.

PISTOL. ¿Y para qué sirve esa gran pieza por donde me habeis traido? (*Mirando hácia la puerta de la derecha.*)

SALOM. Ese es el salon de descanso. Ahi se reunen los actores y sus amigos; tiene comunicacion con el teatro... Y qué tal ¿tendremos buena entrada esta noche?

PISTOL. Ya lo creo: hay una cola á la puerta que he necesitado un cuarto de hora para recorrerla.

SALOM. (*Con intencion.*) ¿Y en qué pensabas al recorrerla?

PISTOL. (*Con alegria.*) En que el dinero de aquellos bolsillos iba á parar al de mi padre; ¡qué dichoso es! ¡nunca tendré yo la suerte de que me suceda una desgracia como la suya!

SALOM. Silencio: Kean viene, y no debe tener buen humor.

PISTOL. Me largo. (*Se retira al fondo: deja pasar á Kean, que sale por la derecha y váse por la misma puerta.*)

ESCENA II.

SALOMON, KEAN. *Kean entra distraido y con expresion de disgusto: tira su sombrero y repara en Salomon.*

SALOM. (*Ap.*) Pistol ha hecho bien en marcharse.

KEAN. ¡Ah! ¿Estabas aqui?

SALOM. Si, señor.

KEAN. Me alegro. Extiende sobre el suelo una piel de tigre, un tapiz, lo que te dé la gana.

SALOM. ¿Para qué?

KEAN. Para dar volteretas.

SALOM. ¿Volteretas?

KEAN. ¿Qué, te admiras? ¿No las di muchas veces en la plaza de Dublin? ¿No dicen que soy un payaso? ¿No me han negado una satisfaccion? ¿No me buscan para prenderme por cuatrocientas libras esterlinas? Anda: fija carteles en todas las esquinas de Lóndres. Anuncia que el titiritero Kean hará suertes de flexibilidad en la calle del Regente, en la de San James; con la condicion de que le paguen á cinco guineas por ventana. (*Pausa.*) ¿No te parece gran pensamiento? Voy á reunir en un instante el dinero que necesito. ¿Quién no querrá ver como Hamlet y Otelo andan sobre las manos y dan el salto de la trucha?

SALOM. ¡Señor!....

KEAN. ¿Olvidas que mi casa está ocupada por la justicia? ¿No he pasado todo el dia en un coche y la noche anterior en una taberna? ¡Bien dispuesto se halla mi ánimo para representar! Si no me silban esta noche...

SALOM. ¿A vos?...

KEAN. ¿Vas á repetirme que soy el primer actor de Inglaterra y que no debo cambiarme por el Príncipe de Galles? ¡Adulador!

SALOM. Pero si vos teneis la culpa. Si calculaseis vuestros gastos...

KEAN. ¡Cálculo!... Si Dios me hubiera concedido ese talento seria yo á estas horas el primer comerciante de trapos de la Cité y no comerciante de versos en Drury-Lane.

SALOM. Volviendo á esas cuatrocientas libras esterlinas, me parece, señor, que de la entrada de esta noche...

KEAN. Esa entrada no me pertenece; es de esa gente honrada.

SALOM. Se trata de un préstamo que dentro de cuatro ó seis dias...

KEAN. Eso es; ¡que ellos me presten á mí, cuando tanto lo necesitan! Dejadme en paz.

SALOM. Ya os dejo.

KEAN. Vé ahora mismo á estudiar mi papel... y cuidado que te se olvide una palabra.

SALOM. Está bien, señor.
KEAN. Es que como te se olvide una sílaba tan siquiera...
SALOM. ¿Teneis alguna queja de mí?
KEAN. ¡Oh! no: perdóname: no sé lo que me digo, mi buen Salomon, mi antiguo compañero, mi único amigo...
SALOM. Vamos... (*Disimulando su conmocion.*) ¿Ha pasado la tempestad?
KEAN. Si, ya ha pasado: pero déjame ahora, porque espero...
SALOM. ¡Ah! eso es otra cosa: ¿por qué no me lo habeis dicho en seguida? Hasta luego. (*Llega hasta la puerta y se vuelve.*) A propósito: no olvideis que hacemos esta noche seis actos. (*Váse Salomon hácia el escenario cerrando la puerta.*)

ESCENA III.

KEAN. *Despues* ELENA. *Esta aparece por la puerta secreta; hace que habla con otra persona, entra y cierra la puerta.*

KEAN. Hombre excelente, amigo fiel: única alma para quien la mia no tiene secretos, ¿por qué te aproximas á mí, y quieres ser el inocente blanco donde se estrellan mis resentimientos? Me parece que siento pasos en esa galeria... ¿Será ella? (*Cierra la puerta de la derecha y asegura tambien la del fondo: al volverse ve á Elena.*)
ELENA. Espérame, Gidsa. No estaré aqui mas que un instante.
KEAN. ¡Elena!
ELENA. ¡Kean!
KEAN. ¡Al fin habeis venido!
ELENA. Vengo para daros las gracias y para reprenderos á la vez. Habeis cometido una gran imprudencia.
KEAN. ¿Quereis que me arrepienta?
ELENA. Yo no sé lo que quiero...
KEAN. ¿Ni cómo podria arrepentirme, cuando por mi imprudencia os encuentro á mi lado? ¡Es tan grande mi dicha, que dudo si será realidad!
ELENA. ¿Y creeis ahora que os amo?
KEAN. ¡Oh! si: lo creo.
ELENA. Asi son los hombres; no les basta ser dueños de nuestra honra, es necesario que tambien la arriesguemos por su causa.
KEAN. Poneos en lugar mio: figuraos un hombre encadenado

dentro de un calabozo oscuro que sueña con la libertad, con la luz que otros disfrutan, y decidme ¿cuál será su dicha el dia que un rayo de sol llegue hasta él? ¿Extrañais que desee vuestra venida, cuando no me es dado llegar hasta vos?

ELENA. Ya que no puedo venir tan frecuentemente como deseais, tendreis que consolaros con mi memoria y este retrato. (*Mostrándole su retrato.*)

KEAN. ¡Vuestro retrato! (*Elena le entrega el retrato.*) ¡Oh! gracias, gracias. (*Besándolo.*) Pero sois mas hermosa.

ELENA. ¿No le quereis, señor descontentadizo?

KEAN. ¿Si le quiero? ¡Ah! siempre le llevaré aqui; sobre mi corazon.

ELENA. ¿Tanto me amais?

KEAN. (*Tomándole una mano, que besa con arrebato.*) ¿Eso me preguntais, Elena? ¡Mi Desdémona!

ELENA. ¡Mi Otelo!

KEAN. Teneis razon, porque sois demasiado hermosa para que los celos no me atormenten.

ELENA. ¡Celoso! ¿y de quién?

KEAN. Bien lo sabeis.

ELENA. Os juro que no.

KEAN. No jureis, Elena, porque no creeré nunca en vuestros juramentos. Las mujeres tienen tal instinto que conocen cuando un hombre las ama, aun antes de que él se perciba de que está enamorado.

ELENA. No os negaré que varios me tributan ciertas atenciones que pudieran interpretarse como galanteos, pero...

KEAN. Ya lo sé: un solo hombre es á quien temo.

ELENA. ¿Qué decis?

KEAN. No temo al hombre: temo su reputacion, su rango...

ELENA. ¿Hablais del Príncipe de Galles?

KEAN. Del mismo.

ELENA. ¿Creeis que le amo? (*Con dignidad.*)

KEAN. Temo que no le desengañareis. En vuestra casa, en el paseo, en el teatro, en todas partes se le ve á vuestro lado: todos sospechan lo que yo. ¡Cuando le veo cerca de vos me vuelvo loco!

ELENA. ¿Quereis que no venga yo esta noche al teatro?

KEAN. Al contrario; venid, venid, os lo suplico. ¿Y si por casualidad no viniese tampoco el Príncipe?...

ELENA. ¡Qué insensato sois!!

KEAN. ¡Decid mas bien cuán desgraciado! Es la suerte de los amantes: desgraciados cuando nos desdeñan, y desgraciados cuando nos aman.

ELENA. ¡Visionario? (*Tomando su mano.*)

KEAN. ¡Elena mia! (*Llaman á la puerta de la derecha.*)

ELENA. ¡Han llamado!.. ¡Si me descubren!..

KEAN. Tranquilizaos; está echada la llave por dentro. (*Aproximándose á la puerta.* ¿Quién es?

PRINCIPE. (*Dentro.*) Yo.

ELENA. ¡El Príncipe de Galles!

KEAN. ¿Y quién sois vos?

PRINCIPE. (*Id.*) ¡Diantre! ¿no conoceis mi voz? El Príncipe de Galles.

CONDE. (*Dentro.*) Y el Conde Koelfeld.

ELENA. (*Huyendo hácia la puerta.*) ¡Mi marido! ¡Gran Dios!

KEAN. (*Dirigiéndose á la Condesa.*) ¡Silencio!.. Cubrios con el velo y salid. (*Volviendo á aproximarse á la puerta donde hablaron. Este juego se repite segun lo indica el diálogo.*) Perdonad, mi querido Príncipe, pero en este momento tengo desgraciadamente... (*A Elena.*) No os detengais...

ELENA. (*Pugnando inútilmente por abrir la puerta secreta.*) ¿Cómo se abre esta puerta?

KEAN. (*Al Príncipe.*) Que andar á salto de mata para no caer en manos de cierta jauria que me persigue por la miserable cantidad de cuatrocientas libras esterlinas.

PRINCIPE. (*Dentro.*) ¡Já!.. ¡Já!.. Comprendo.

ELENA. (*Que no puede abrir la puerta, dice á Kean.*) Venid en mi ayuda. (*Deja sobre una silla el abanico y continúa forcejeando.*)

KEAN (*A Elena.*) Esperad un momento. (*Al Príncipe.*) Y como esa gente no tendria reparo en fingir hasta la voz de vuestra alteza para apoderarse de mí; hacedme el favor de darme una tarjeta ú otra señal que acredite la persona. (*Quita la llave de la cerradura.*)

PRINCIPE. ¿Qué haceis?

KEAN. Quitar la llave para abrir una comunicacion. (*Vuelve donde está Elena y abre la puerta secreta.*) Adios, Elena; amadme siempre como yo os amo.

PRINCIPE. (*Dentro.*) Ahi va mi tarjeta. (*Váse Elena.*)

ESCENA V.

Kean, *despues el* Principe *y el* Conde, *luego* Salomon *y un ayuda de cámara.*

Kean. (*Vuelve y toma un billete que han metido por el agujero de la cerradura.*) ¡Un billete de cuatrocientas libras esterlinas!... Admirable tarjeta; solo un Príncipe como vos se presentaria con una credencial semejante. (*Abre la puerta.*) Entrad, Príncipe mio; no tengo duda de que sois vos. (*Entran el Príncipe y el Conde. El primero observa por todas partes.*)

Principe. Creedme, señor Conde, al entrar en el cuarto de Romeo, hemos hecho huir á Julieta.

Kean. ¡Qué locura!... No sospecheis tal, monseñor. ¿Y por dónde? buscad. (*Abre la puerta del foro.*)

Prinkipe. Si; como si yo no supiera que el cuarto de un actor es como los castillos de Ana Rattclif; llenos de trampas invisibles y de puertas secretas.

Kean. (*Al Conde.*) Doy gracias á vuestra excelencia por haberse dignado favorecer el cuarto de un pobre actor.

Principe. No vayais á creer que lo hace por vuestro mérito, señor fátuo; es solo por curiosidad. El Conde, aunque muy diplomático no habia entrado nunca en el vestuario de un teatro, y ha querido observar...

Kean. ¿Cómo se viste un actor?

Conde. ¿Os vais á vestir?

Kean. Qué quereis, señor Conde; los cortesanos del público observamos una etiqueta mas rigorosa que los cortesanos del rey; tenemos precision de estar vestidos á una hora fija, si no queremos que nos silben.

Una voz. (*Dentro.*) ¡La órden!

Kean. Esa es la voz de mando; con que ¿si me lo permitis?

Conde. Obrad como si estuvierais enteramente solo.

Kean. Gracias. (*Entran Salomon y el ayudá de cámara.*)

Salom. (*A Kean.*) Señor, que han dado la órden.

Kean. (*Al Príncipe.*) Antes, monseñor, tomad vuestro billete.

Principe. Nada de eso. Es el precio de mi palco, que prefiero entregar á vos, señor escoces, en vez de pagarlo en el despacho.

Kean. De ese modo, lo acepto. Toma Salomon: ya sabes lo

que tienes que hacer con este dinero. (*Se va Salomon por la puerta del foro y Kean se oculta detras del biombo con el ayuda de cámara.*)

CONDE. (*Al Príncipe á media voz.*) ¿Con que creeis que habia aqui una mujer?

PRINCIPE. Estoy seguro de ello.

CONDE. ¿Y no sospechais quién pueda ser la dama?

PRINCIPE. No á fe mia.

CONDE. Pues me parece que no es muy difícil de adivinar...

PRINCIPE. ¿Cómo?...

CONDE. Los diplomáticos no echamos nada en saco roto.

PRINCIPE. ¿Y creeis?...

CONDE. Que hemos dado un susto cruel á la señorita Ana Dambi. (*Pasea dándose importancia.*)

PRINCIPE. Es muy arriesgado hacer conjeturas.

CONDE. (*Repara en el abanico que dejó olvidado Elena; lo coge rápidamente y se lo guarda sin examinarlo.*) Hay conjeturas.,. (*Ap.*) ¡oh! que hallazgo.

PRINCIPE. Las apariencias engañan.

CONDE. Pues yo os prometo averiguar esta misma noche quien es la fugitiva.

PRINCIPE. ¿Y cómo?

CONDE. (*Con fatuidad.*) Es un secreto diplomático.

KEAN. (*Detras del biombo.*) ¿Y bien, monseñor, no teneis ninguna noticia nueva que darme?

PRINCIPE. Ninguna importante. El Conde anda á caza de ellas.

CONDE. ¿Yo? (*Ap. al Príncipe.*) Le vais á decir...

PRINCIPE. (*Recio para que lo oiga Kean.*) El Conde es muy curioso, y como ha llegado á sus oidos lo que se dice por ahi de cierto escándalo que tuvo lugar anoche en la taberna del Carbon...

CONDE. Efectivamente.

KEAN. ¿Quereis enterarme?

PRINCIPE. Parece que un atrevido insulto á lord Mervill...

KEAN. Yo tambien tengo algun conocimiento de esa aventura; cuentan que habiendo nacido la provocacion de Mervill, el noble lord, rehusó batirse con el agraviado, bajo pretexto de que era un cómico.

PRINCIPE. ¡Já!... ¡já!... ¿Qué os parece de la excusa, señor Conde?

CONDE. Ignoro cuáles son en tales casos las costumbres inglesas; pero nosotros los alemanes, nos batimos con todo el mundo, cuando nos creemos ofendidos.

KEAN. Bien, señor Conde; teneis un noble corazon. La Alemania es un gran pueblo y os prometo ir á Viena para morir á manos tan ilustres.

CONDE. Y yo os prometo que sereis bien recibido. (*Al Príncipe.*) Os doy las gracias, Príncipe, por haberme introducido en el santuario de las artes.

KEAN. (*Sale á medio vestir.*) Y el gran sacerdote os pide perdon, señor Conde, por haberos recibido desde el primer dia como un iniciado.

CONDE. (*A Kean.*) Esa confianza tengo que agradeceros. (*Al Príncipe.*) Príncipe, dejemos en libertad al actor.)

PRINCIPE. Esperadme en vuestro palco; soy con vos al instante.

KEAN. (*Ap.*) ¡Va á su palco! ¡siempre al lado de Elena!

CONDE. (*Al Príncipe.*) Ya sabeis, junto al proscenio. (*Dirigiéndose á la puerta derecha.*)

PRINCIPE. (*Al Conde.*) No tardaré. (*Ap. á Kean.*) Tengo que hablaros. (*Recio al Conde.*) Y me dareis parte de vuestros descubrimientos. (*Kean hace seña al ayuda de cámara para que se vaya.*)

ESCENA VI.

KEAN. *el* PRINCIPE DE GALLES. *Este diálogo será vivo.*

KEAN. Ya estamos solos.

PRINCIPE. Ayer fuí á vuestra casa...

KEAN. Y no os recibí.

PRINCIPE. Eso nada importa: entre amigos...

KEAN. Gracias. Un negocio importante...

PRINCIPE. No fuí por mi interés, sino por el vuestro.

KEAN. ¿Por mi interés?

PRINCIPE. Si.

KEAN. No comprendo.

PRINCIPE. La noche antes os vi en casa del Conde de Koelfeld.

KEAN. Y bien...

PRINCIPE. Anoche mismo os sorprendieron en la taberna del Carbon con una dama...

KEAN. Yo os juro...

PRINCIPE. Solo sé que es ilustre: Mervill no ha revelado otra cosa.

KEAN. ¿Y sereis capaz de suponer?..

PRINCIPE. Esta noche habeis tenido una visita.

KEAN. ¿Dónde vais á parar? (*Ap.*) ¿Tendrá celos de mí?

PRINCIPE. No es el Príncipe de Galles quien os habla: no el hombre que de todo se burla; sino el amigo mas verdadero.

KEAN. Me poneis en cuidado.

PRINCIPE. Tened en cuenta mis palabras. El Conde de Koelfeld sabe...

KEAN. (*Con ansiedad.*) ¿Qué sabe?..

PRINCIPE. Lo que os acabo de referir; y parece que trata de averiguar quien será la paloma que voló cuando llamamos á esa puerta.

KEAN. Nada me importa que averigue..

PRINCIPE. No tienes confianza en mi amistad.

KEAN. (*Ap.*) ¡Sospecha de Elena! La ama.

PRINCIPE. ¿Nadie reina en vuestro pecho? ¿A nadie quereis? Abridme vuestro corazon.

KEAN. Nuestros amores no se parecen en nada á los que profesan los demas hombres; entre las mujeres que asisten al teatro, elegimos una que es el ángel, el genio de nuestra inspiracion; todo lo que nuestros papeles tienen de ternura, de importancia, á ella se lo decimos, y ni los aplausos, ni la reputacion, ni la gloria, valen para nosotros lo que una lágrima, un suspiro, una mirada de ella. Si este amor imaginario, jamás correspondido, y que muchas veces ignora aquella que lo inspira, os parece amor, yo amo, yo adoro con toda mi alma.

PRINCIPE. ¡Hipócrita!

KEAN. Os he abierto mi corazon.

PRINCIPE. Y el objeto de see amor imaginario, jamás correspondido ¿es?..

KEAN. ¿Qué importa el objeto?

PRINCIPE. ¿Una bella condesa?..

KEAN. ¿Qué suponeis?

PRINCIPE. Pues bien: ese amor ideal, jamás correspondido, y tan mal disimulado, puede hacer la desgracia, de una persona. Sed mas cauto, ó entre tantos espectadores elegid otro objeto que no conozca el Conde de Koelfeld. (*Dirigiéndose á la puerta.*)

KEAN. Esperad.

PRINCIPE. Bastante os he dicho.

KEAN. Explicadme...

PRINCIPE. Voy al cuarto de una actriz. (*Se va por el foro.*)

ESCENA VII.

KEAN, SALOMON, *luego* GIDSA. *Salomon entra por la derecha, Gidsa por la puerta secreta.*

SALOM. Señor, señor, daos prisa. (*Ha visto salir al Príncipe.*)

KEAN. (*Para sí.*) Él la ama, no hay duda: Pero es mi amigo leal. Yo he debido ser mas franco con él... No: la honra de una mujer es primero que todo. ¿Correrá Elena algun peligro? Malditos celos... ¡Maldita duda!..

SALOM. (*Ap.*) ¡Qué calma!.. Está haciendo calendarios... y acabará por perder el juicio. (*Llaman á la puerta secreta.*)

KEAN. Han llamado á esa puerta. No comprendo quién pueda ser.

SALOM. ¿Me retiro?

KEAN. Espera. (*Entreabre la puerta y aparece Gidsa.*) ¡Es Gidsa!.. Entrad. (*Gidsa se detiene al ver á Salomon.*) No tengais cuidado. ¿Qué ocurre?

GIDSA. Mi señora, que ha olvidado su abanico y vengo á buscarle.

KEAN. ¿Su abanico? (*A Salomon.*) ¿Le has visto tú por ahi, Salomon?

SALOM. ¿Yo? No señor.

KEAN. Veamos. (*Buscándolo.*) Y vos Gidsa. Búscalo tú tambien, Salomon. (*Los tres buscan y se cruzan mirando por todas partes.*)

SALOM. Lo que es yo no encuentro nadá.

KEAN. ¡Qué fatalidad!

GIDSA. ¡Y tanta!.. ¿pero cómo se habrá perdido? Mucho lo va á sentir mi señora. Ya veis, como que es un regalo del Príncipe de Galles.

KEAN. ¡Ah!.. ¿Es un regalo del Príncipe de Galles? Tal vez lo dejaria olvidado en su coche.

GIDSA. Es posible: no me habia ocurrido tal cosa. Corro á ver si está en él.

KEAN. Si, si: no os detengais. Cuando aqui no parece...

GIDSA. Adios. (*Váse dejando mal cerrada la puerta.*)

ESCENA VIII.

KEAN, SALOMON, *despues* DARIUS, *y el ayuda de cámara, luego e* AUTOR *y* PISTOL.

KEAN. ¡Un regalo del Principe de Gales!.. Ya comprendo por qué lo busca con tanto afan... (*Llamando con ira.*) Darius, Darius.

SALOM. (*Ap.*) Tenemos tormenta... Pues ahora que recuerdo...

KEAN. ¿No vendrá hoy ese imbécil de peluquero?

SALOM. Acabaos de vestir: yo le llamaré (*Se acerca á la puerta del foro y llama.*) Darius.

DARIUS. (*Entrando con peine en la mano.*) Ya estoy aqui, ya estoy aqui.

KEAN. ¿Por qué no has venido antes, bribon?

DARIUS. Porque. .

KEAN. ¿Estarias bachillereando? Vamos. ¿Qué haces? Péiname.

AUTOR. ¿Damos aviso de que se va á principiar?

KEAN. No hay inconveniente por mí. (*Se va el Autor.*)

SALOM. (*Ap.*) Cuanto mas pienso en ello... seria particular.

KEAN. (*Sentándose. el peluquero principia á peinarle.*) ¡Ese abanico!

SALOM. (*A Kean.*) Señor ¿quién era un caballero que salió de vuestro cuarto un poco antes que su alteza el Príncipe de Galles?

KEAN. El embajador de Dinamarca.

DARIUS. Tenemos una entrada soberbia.

SALOM. Estaba yo ahi, en el salon de descanso, y le he visto cruzar...

DARIUS. ¡No bajará de seis mil libras!

SALOM. Por cierto que se detuvo cerca de una lámpara y sacó un abanico...

KEAN. ¿Un abanico?.. (*Hace un movimiento rápido de cabeza.*)

DARIUS. ¡Adios, mi dinero!

SALOM. Guarnecido de diamantes.

KEAN. (*Levantándose con precipitacion.*) ¿Un abanico guarnecido de diamantes?..

SALOM. Que volvió á guardar inmediatamente en un bolsillo, con cierto aire de despecho.

KEAN. ¡Dios mio! ¿Si fuera el de ella?

SALOM. ¿Temeis como yo?..

DARIUS. ¿No acabamos?

KEAN. (*Al peluquero.*) ¡Dejadme en paz! (*A Salomon.*) ¿Qué temes tú?

SALOM. Si será el mismo que vino buscando aquella criada.

KEAN. ¿Y por qué? ¿No hay mas que un abanico en el mundo?

SALOM. Hay tantos... pero como ese embajador entró en vuestro cuarto despues que la...

KEAN. ¡Calla! (*Se deja caer abatido sobre la silla. Darius quiere continuarle peinando y Kean se aparta violentamente: el peine rueda por el suelo.*) ¡Quita!..

AUTOR. (*Saliendo por el foro.*) Vamos á empezar, señor Kean.

KEAN. (*Levantándose.*) Yo no estoy listo todavia.

AUTOR. Antes me habeis dicho que se podia avisar, y avisé.

KEAN. ¡Idos al diablo!..

AUTOR. (*Corriendo hácia la puerta del foro, y desaparece por ella.*) Que no levanten el telon... que no levanten el telon...

KEAN. ¿Qué hacer? ¿Cómo prevenirla? ¡Yo no puedo ir allí, ni puedo enviar á nadie!.. (*Se escucha el ruido de voces y golpes.*)

DARIUS. (*Recogiendo su peine.*) ¿Ois, señor?

KEAN. ¡Qué estrella la mia! (*Vuelve á oirse el ruido mas violento.*)

SALOM. (*Que manifestará grande ansiedad, yendo y viniendo por el foro.*) El público se impacienta.

KEAN. ¿Y qué me importa á mí? ¡Maldito oficio, del cual ninguna sensacion nos pertenece! ¡Donde no somos dueños de nuestro gozo ni de nuestro dolor! Donde con el alma hecha pedazos es necesario representar el Fastaff, y con el corazon alegre representar el Hamlet. Siempre una máscara, nunca el rostro. (*Mayor ruido interior, que cesa inmediatamente.*) Si, si; el público se impacienta, y es natural: ¡me espera para divertirse! ¿Qué tiene él que ver con la ansiedad que me devora? ¡A la escena! ¡A la escena!.. Pero si exhalo un suspiro en vez de reir; si digo una palabra por otra, entonces murmurarán, me silbarán... estan en su derecho. ¡Él no sabe, no comprende, no adivina lo que pasa detras de ese maldito telon! No, no trabajaré.

SALOM. Señor, señor, ¿qué es lo que decis? (*Aparece el Autor en la puerta del foro y Pistol por la derecha.*)

KEAN. Que no trabajo esta noche: ya lo sabes.

AUTOR. ¿Cómo? ¿Olvidais que pueden obligaros?...

KEAN. ¿Y quién?

AUTOR. Un Constable.

KEAN. Que venga.

SALOM. ¡En el nombre del cielo! Sosegaos: os van á poner en una prision.

KEAN. Tanto mejor: no trabajaré.

PISTOL. (*Ap.*) ¡Qué no va á trabajar!..

AUTOR. Señor Kean, el teatro está lleno; todas las localidades estan vendidas.

KEAN. Que devuelvan el dinero.

AUTOR. Estais faltando á vuestro deber.

KEAN. ¡Qué osadia!..

AUTOR. Haced lo que os parezca: yo no soy el beneficiado. (*Se retira. Kean queda abatido: se oye el ruido del público.*)

PISTOL. Señor Kean... ¿y mi pobre padre?

SALOM. Acordaos de aquella buena gente, que no podrá pagar los gastos de esta noche...

PISTOL. Nosotros no tenemos culpa ninguna...

SALOM. Siquiera por ellos... ¡piedad para aquella desgraciada familia!

PISTOL. Como nos habiais dado vuestra palabra...

SALOM. Seria la primera vez que faltaseis á ella.

KEAN. Tienes razon. James? (*Llamando al ayuda de cámara, que le da las prendas que faltan al actor para completar su traje.*) ¿Dónde está Darius?

SALOM. Se escapó.

DARIUS. (*Asomándose por encima del biombo.*) Aqui estoy.

KEAN. ¿Y el Autor?

SALOM. (*A Pistol.*) Ve á buscarle. (*Pistol corre y tropieza con Darius, que sale tambien corriendo.*)

KEAN. Mi capa. (*Se la dan.*) ¿Qué es esto que me dais aqui? Os he pedido mi cinturon.

PISTOL. Aqui está el Autor. (*Sale el Autor.*)

AUTOR. ¿Me habeis llamado?

KEAN. Si señor. (*Al ayuda de cámara.*) Mi espada.

SALOM. ¿Vuestra espada?

KEAN. Mi espada; mi espada. ¿Con qué quieres que mate á Tibalt? (*Al Autor.*) Trabajo esta noche.

AUTOR. Gracias, señor Kean.

KEAN. Hacedme el favor de anunciar que estoy indispuesto, que... lo que querais. (*Ap.*) Me ahogo. (*Se va el Autor;*

se vuelve á oir el ruido del público.)

SALOM. Ya era tiempo: el público empezaba á romper las banquetas.

KEAN. Yo haria lo mismo si fuera público, señor Salomon. Si estuvierais en la sala despues de haber comprado vuestro billete, y se os hiciera esperar, ¿qué diriais?

SALOM. ¿Yo?...

KEAN. Si. ¿Qué diriais? Que un actor se debe al público antes que nada. ¿No es cierto? (*Se oyen aplausos.*) Ahora aplauden... Estará anunciando el Autor... Ya estás enganchado, caballo de carreta, vamos á trillar las obras de Sakspeare.

ESCENA IX.

KEAN, *el* PRINCIPE DE GALLES. *Salomon y Pistol se retiran á un lado al ver al Príncipe, que entra por el foro; le dejan pasar y se van por la misma puerta. El diálogo de Kean y el Príncipe debe ser muy rápido.*

PRINCIPE. (*Se dirige á Kean con oficioso interés.*) Pero ¿qué teneis? Por el teatro se dice que estais indispuesto, que os habeis negado á representar esta noche.

KEAN. El cielo os envia. Ahora si que podré trabajar.

PRINCIPE. ¿Qué sucede?

KEAN. Si yo tuviese que pedir á vuestra alteza uno de esos favores que se hacen de igual á igual, ¿la benevolencia del protector llegaria hasta la abnegacion del amigo?

PRINCIPE. Deseo una ocasion para probarte mi amistad.

KEAN. Os creo: esas palabras nacen de vuestro corazon. Pero no hay tiempo que perder: van á llamarme de un momento á otro...

PRINCIPE. Habla.

KEAN. Figuraos que continúa la conversacion que tuvimos hace un instante. Pues bien: el Conde de Koelfeld encontró un abanico dentro de mi cuarto...

PRINCIPE. ¡Diablo! ¿Estais seguro?

KEAN. Por mi desgracia. Y solo vos...

PRINCIFE. ¿A quién pertenece?

KEAN. Podeis...

PRINCIPE. ¿Prevenir á Elena?

KEAN. Yo no he dicho...
PRINCIPE. Pues ¿á quién pertenece el abanico?
KEAN. Esplorad al Conde; aseguraos de sus intenciones; desvaneced cualquiera sospecha...
PRINCIPE. ¿Qué sospecha?
KEAN. ¿Cuántas veces no es falsa una prueba que juzgamos patente?
PRINCIPE. ¿Me quieres engañar á mí?
KEAN. ¡Por piedad!
PRINCIPE. ¿Qué puedo hacer en obsequio de la mujer que te ama?
KEAN. En obsequio de la inocencia y de vuestro amigo.
PRINCIPE. ¿Y de Elena?
KEAN. Corred en busca del Conde
PRINCIPE. Confiesa que Elena es tu amante.
KEAN. Yo no puedo confesar lo que no es cierto.
PRINCIPE. Te voy á aplaudir. (*En ademan de retirarse.*)
KEAN. ¿Me abandonais?
PRINCIPE. No acepto confianzas á medias en cambio de promesas ilimitadas.
KEAN. Luego me prometeis...
PRINCIPE. Adios, Kean.
KEAN. ¿Puedo esperar?..
PRINCIPE. Voy al palco de Elena. (*Se va.*)

ESCENA X.

KEAN, AMY, *despues* SALOMON *y* PISTOL.

KEAN. ¿Á qué va á su palco? ¿Me niega ó me presta su auxilio?.. ¿Qué significa esto?
AMY. (*Que ha entrado por la puerta secreta, llega y coloca su mano sobre el hombro de Kean.*) Yo os lo diré.
KEAN. (*Reconociéndola á pesar de venir cubierta.*) ¡Amy!.. en mi cuarto!
AMY. Sí: no es la primera vez que he venido.
KEAN. (*Excusándose de prestarla atencion.*) Me estan esperando.
AMY. Todo lo he escuchado detras de esa puerta.
KEAN. ¡Señora!..
AMY. Elena ha perdido aqui un abanico; su esposo lo tiene; el Príncipe lo sabe...
KEAN. Comprendo vuestra intencion. (*En ademan de irse.*) perdonad...

AMY. El Príncipe adora á Elena.

KEAN. (*Deteniéndose y discurriendo para sí.*) ¡Qué el Príncipe la adora!...

AMY. ¡Já!... ¡já!... Habeis elegido un confidente...

KEAN. ¡Oh!

AMY. Un protector...

KEAN. (*Ap.*) ¡Qué suplicio!...

AMY. Le habeis hecho dueño del secreto, de la honra de Elena...

KEAN. Dejadme.

AMY. Pero la salvará; la salvará, y en cambio ella premiará sus servicios.

KEAN. Callad.

AMY. ¿No queriais averiguar lo que esto significa? ¿Qué negará Elena al hombre que salva su reputacion?

KEAN. ¡Ah! ¡Estó es insufrible!

SALOM. Señor Kean, á la escena. (*Salomon con una comedia en la mano.*)

KEAN. (*Pudiendo reprimir á duras penas su desesperacion.*) ¡Ahora á la escena!

AMY. Os he detenido quizá.

PISTOL. ¡Qué mujer tan pesada!

AMY. Corred: Elena y el Príncipe os esperan. Haced ruido para que puedan hablar en secreto.

KEAN. ¡Maldicion!

SALOM. Que estais haciendo falta.

AMY. Corred: tambien os espera Mervill para batirse con vos desde la banqueta.

SALOM. Señor...

AMY. ¡Que os estan esperando!...

KEAN. (*Fuera de sí.*) Es verdad... voy á hacer ruido... voy á batirme con Mervill. (*Se dirige hácia el foro desconcertado.*)

AMY. Me olvidas por Eléna... ya estoy vengada. (*Váse por la puerta secreta.*)

ESCENA XI.

SALOMON, PISTOL.

PISTOL. ¿Qué es lo que tiene, señor Salomon?

SALOM. ¿Qué quieres que tenga? Esas visitas del infierno.

PISTOL. ¡Qué gesto; qué miradas!

SALOM. (*Incómodo.*) ¿Te parece que no lo he reparado yo como tú? ¿Imaginas que no me interesa? ¿No tengo que apuntarle cinco actos del Falstaff, cuando se concluya el segundo de Romeo? (*Asomándose por el foro observa en direccion diagonal.*) Ya está en la escena. Dios nos saque con bien... ¿Qué es lo que hace? ¿Qué disparates dice? (*Se oye un ruido tumultuoso.*) ¡Dios nos favorezca!... (*Da algunos pasos hácia el proscenio y se cubre el rostro con las manos.*)

PISTOL. (*Le sigue.*) ¿Qué es lo que pasa? (*El ruido se aumenta.*)

SALOM. (*Abrazando y ocultando el rostro con el pecho de Pistol.*) ¡Ah!

PISTOL. ¡Ha caido el telon!...

ESCENA XII.

KEAN, *sale por el foro todo descompuesto y seguido del* AUTOR. DARIUS *y comparsas de ambos sexos. Por la puerta de la derecha entra primero el* PRINCIPE, *despues el* CONDE *y luego* LORD MERVILL *y espectadores.*

KEAN. (*Riendo.*) ¡Já!... ¡já!... (*A los comparsas.*) ¿Por qué me seguis? Yo no soy Romeo, soy Falstaff: el amigo del Príncipe real de Inglaterra...

PRINCIPE. ¡Kean!...

KEAN. Miento: yo no soy su amigo, sino su bufon; él se divierte con mis gracias; se entretiene cuando le cuento mis aventuras; se aprovecha de mis secretos; comercia con mis amores... ¡Já!... ¡já!... Á mí, Tom, David; ven tú tambien Quickly, el hostelero; llena esos vasos hasta los bordes; quiero beber á la salud del Príncipe de Galles; á la salud de cuantos me rodean.

MERVILL. Nos seguis insultando.

VARIOS ESPECTADORES: Si, si.

KEAN. Os insulta Falstaff... pero no; lo mismo soy Falstaff que Romeo. Soy un pollichinela; el Falstaff de las calles... Una corona para lord Mervill; honores para lord Mervill... Abrid paso al noble par que roba doncellas; al miserable que no puede fijar su mirada en una mujer noble ó plebeya sino para deshonrarla; (*Rumores.*) al cobarde que lleva una espada ceñida y rehusa batirse

con aquel que le provoca, con aquel cuyo nombre ha usurpado, diciendo que es noble, que es lord, que es par de Inglaterra. Si, si; aplausos para lord Mervill... ¡Já!.. ¡já!.. ¡Cuánto sufro!... ¡Favorecedme... Dios mio! (*Cae en brazos de Salomon y Pistol*; *ruido*, *confusion*.)

SALOM. Un médico. Despejad por favor.

AUTOR. Señores...

SALOM. Ha perdido el juicio: está loco.

FIN DEL ACTO CUARTO.

ACTO QUINTO.

Sala en casa de Kean, adornada con decencia. Puerta en el foro, que es la principal, y en los costados. Mesa con tapete y recado de escribir.

ESCENA PRIMERA.

SALOMON, TOM, DAVID, DARIUS, PISTOL, *despues el médico. Pistol estará sentado en un rincon y manifestará grande abatimiento.*

SALOM. Bien, amigos. Ahi teneis la lista: escribid vuestros nombres.

DAVID. (*Despues de haberse apuntado en la lista.*) ¿Y qué tal noche ha pasado el enfermo?

SALOM. ¡Terrible!

TOM. Pero ¿realmente se ha vuelto loco?

SALOM. Rematado.

DAVID. ¿Y decis que le estan sangrando en este momento?

SALOM. Sin resultado ninguno.

DARIUS. Mal síntoma.

TOM. ¿Qué clase de locura es la suya?

SALOM. Está frenético.

DAVID. ¿Y qué hace?

SALOM. Cuando le acomete el acceso, pega...

DARIUS. ¿A quién?

SALOM. A todo el mundo, y con preferencia á los que conoce.

DAVID. ¿Tambien á sus amigos?

SALOM. ¡Ya lo creo!
TOM. ¿Le habrá mordido algun perro que estuviese rabioso?
SALOM. Mucho me lo temo.
DAVID. ¡Maldita enfermedad!
SALOM. Aqui viene...
DAVID. ¿Kean? Me escapo...
SALOM. No: el médico. (*Sale el médico, todos le rodean menos Pistol, que permanece sentado.*)
TOM. ¿Y bien, doctor?
DAVID. ¿Hay esperanza?
MÉDICO. (*Hace un gesto negativo exageradamente estrambótico, y da un papel á Salomon.*) Aqui teneis el régimen que debe seguirse; cualquier otro tratamiento empeoraria su estado. (*Se va por el foro.*)
SALOM. (*Con tristeza afectada.*) ¡Ya lo habeis oido! (*Ap. dando vuelta al papel.*) Nada hay escrito: ya me lo figuraba yo...
TOM. (*Acercándose con curiosidad.*) ¿Y qué le recetan?
SALOM. (*Haciendo como que lee y recatando el papel para que no le vean los demas.*) Poca cosa: una docena de cantáridas; cuatro de sanguijuelas; ocho sangrias, y sinapismos ambulantes.
DAVID. ¡Jesus!..
TOM. Salomon, ¿quieres que te diga una cosa?
SALOM. Di.
TOM. Tu médico, me parece que es todo un asno.
DAVID. Pienso de la misma manera. Yo me atrevo á curar á Kean con un medicamento sencillo.
SALOM. Veamos.
DAVID. Le daria cada diez minutos un vaso de vino caliente, (de Burdeos por supuesto) con limon, azucar, y canela.
TOM. ¡Admirable!
DARIUS. ¡Qué necedad! Yo conozco otro sistema mucho mejor y mas fresco.
DAVID. ¿Fresco? ¿Qué entiende el peluquero de medicina?
SALOM. Oigámosle.
DARIUS. Le raparia la cabeza á navaja...
DAVID. TOM. } ¡Já! ¡já!.. ¡já!.. (*Suena la campanilla.*)
DARIUS. ¿Han llamado?
SALOM. Algun nuevo acceso que le acomete.

DARIUS. (*Dirigiéndose hácia la puerta.*) Sálvese el que pueda. (*Se va.*)
TOM. (*Despidiéndose.*) Hasta luego.
DAVID. (*Id.*) Que Dios le dé alivio.
SALOM. ¿Pero qué es esto; me dejais?
TOM. No queremos incomodar...
SALOM. (*Deteniendo á Bardotf.*) David, amigo mio, quédate: tú que eres valiente; me ayudarás á sujetar al enfermo.
DAVID. (*Soltándose.*) Perdonad: tengo mucho que hacer. (*Tom y David se van.*)
SALOM. Ya se han marchado. Pronto circularán la noticia, que es lo que nos conviene.
PISTOL. (*Aproximándose á Salomon.*) Señor Salomon...
SALOM. ¿Todavia estás ahi? ¿Por qué no te has ido con los otros?
PISTOL. Como os he oido decir que necesitabais alguno que os ayudase...
SALOM. ¡Eres un buen muchacho! Pero puedes marcharte.
PISTOL. ¿Yo? Jamás.
SALOM. Pero si no necesito que nadie me ayude.
PISTOL. ¿Cómo? ¿Qué decis?
SALOM. ¿Me prometes ser reservado?
PISTOL. ¿Lo dudais?
SALOM. Pues... (*Le habla al oido.*)
PISTOL. (*Llorando y riendo á una vez.*) ¿Si? ¿de verdad?
SALOM. Ni una palabra...
PISTOL. Primero me dejaré cortar la cabeza. (*Saltando.*) ¡Oh! qué contento estoy. (*Abrazando á Salomon.*) Sr. Kean... Sr. Salomon...
SALOM. Vamos, vete.
PISTOL. Si, si: ya me voy. (*Se va.*)

ESCENA II.

SALOMON, KEAN.

KEAN. (*Entrando.*) ¿Con quién hablabas?
SALOM. Con vuestros compañeros de teatro y con Pistol.
KEAN. ¿Qué les has dicho?
SALOM. Que os habeis vuelto loco.
KEAN. Has mentido.
SALOM. Ya lo sé; pero si se averigua que estais bueno; si saben que vuestro arrebato de anoche fué hijo del resenti–

miento, y no efecto de una locura verdadera, ¿creeis que dejarán impune vuestra conducta? Habeis ofendido al heredero de la corona, insultado á Lord Mervill, y faltado al público...

KEAN. ¿Temes que me arrojen en una prision? Lo deseo.

SALOM. Si: pero á mí no me prenderán. ¿Quereis separaros de mí? (*Ap.*) ¡Egoista!) Vamos, señor Kean; es una mentirilla inocente. Con una semana de locura, salimos del paso; ¡haceis tan bien el papel de loco en el Rey Lear!

KEAN. Señor Salomon, yo no hago comedias mas que desde las ocho hasta las doce de la noche, y eso en el Teatro.

SALOM. Pero señor...

KEAN. Basta sobre este asunto. Dame la lista de las personas que han venido á saber de mí. (*Ap.*) No estará en ella su nombre; pero quizá encontraré una palabra, un signo cualquiera que me asegure de su memoria. ¿No he de merecerle este recuerdo, yo que he sufrido tanto por ella, Dios mio?

SALOM. Tomad: la de vuestros amigos, y esta otra que han traido de la porteria.

KEAN. (*Repasando las listas.*) ¡Cuántos nombres!... ¡Cuántas personas se han interesado por mí! Ricos, nobles, artistas, menestrales... desde el duque de Sutzerland, primer ministro, hasta Willians el cochero. Tantos nombres, y creo que no voy á encontrar el que busco. No se habrá atrevido á mandar recado... pero es probable que venga. Si, vendrá cuando su marido la deje libre... Salomon, vete al recibimiento y no dejes entrar á nadie, excepto...

SALOM. Ya estoy...

KEAN. Que entre al instante, y no preguntes su nombre.

SALOM. Pero ¿cómo la conoceré?

KEAN. No espero mas que á ella.

ESCENA III.

KEAN.—*A poco* SALOMON.

KEAN. ¡Las diez, y ni un recado; ni una carta! ¡Ah, Elena! ¡Estabais mas inquieta por vuestro abanico que por mí! No es asi como se ama; yo la sacrificaria mi honra, mi vida... ¡Y me abandona!.. Pero ¿qué digo? ¿No ten-

go aqui su retrato? ¡Ah! si: sobre mi corazon. Ella me lo dió; fué á verme... Entonces perdió su abanico... ¡Su abanico!... (*Asaltado de un nuevo pensamiento.*) Y el Conde lo tiene en su poder; todo lo sabe; acaso en este momento me llama Elena en su socorro... ¡Oh! yo no puedo permanecer aqui mas tiempo. Salomon, Salomon.

SALOM. Señor.

KEAN. Mi coche.

SALOM. ¿Vuestro coche?

KEAN. Si: ¿de qué te asombras? Mi coche; mi coche; voy á salir.

SALOM. ¿A salir?

KEAN. (*Llamando.*) ¡Newman!

SALOM. ¿Para qué le llamais?

KEAN. Ese me obedecerá.

SALOM. Y yo ¿cuándo he dejado de obedeceros?

KEAN. Pues bien; no me contradigas. Tú ignoras lo que estoy padeciendo... ¿Todavia estas ahi?

SALOM. ¡Han llamado!

KEAN. Es verdad. Corre, corre y dime quién es inmediatamente.

SALOM. (*Ap.*) Dios quiera que sea ella; asi no saldrá. (*Váse.*)

KEAN. Mi corazon late como cuando tenia veinte años.

SALOM. (*Asoma la cabeza por la puerta del foro y desaparece.*) Señor, ella es.

KEAN. ¡Elena!... (*Saliendo á su encuentro.*)

ESCENA IV.

KEAN, ANA DAMBI, *despues* SALOMON.

KEAN. Elena ¿sois vos?

ANA. (*Descubriéndose.*) No, señor Kean. Yo soy.

KEAN. (*Apoyándose en una silla.*) ¡Ah!

ANA. ¿No esperabais esta visita? Perdonad; acabo de saber que anoche fuisteis acometido en el teatro de un acceso de locura, y como no teneis ni madre ni hermana, yo vengo á ocupar ese puesto.

KEAN. Teneis un alma muy generosa, señorita Dambi. Vos no habeis reparado en que arriesgais vuestra reputacion; cedeis al imperio de nobles y desinteresados im-

pulsos... mientras que ella... pero hablemos de vos, solamente de vos.

ANA. ¿Con que la noticia que me han dado no es cierta?

KEAN. No tengo esa fortuna. Un loco debe ser muy dichoso; rie, canta, no se acuerda de nada.

ANA. Ha sido tanta mi inquietud hasta que os he visto...

KEAN. Gracias, señorita. Vuestro interés...

ANA. Es natural; nada teneis que agradecerme. ¿Quién abandona á un protector, á un amigo, que se encuentra en el estado en que yo os suponia? Ya puedo dejar á Lóndres, si no dichosa, á lo menos tranquila.

KEAN. ¿Vais á partir?

ANA. Salgo de Inglaterra. Ayer he firmado mi contrato para el teatro de Nueva York.

KEAN. ¿De nada han servido mis observaciones? ¿Quereis arrostrar tantos peligros?

ANA. Nunca podré ser mas desdichada que lo he sido hasta ahora.

KEAN. ¿Desdichada vos? No ofendais al cielo de esa manera.

ANA. No tiene derecho para reprenderme asi quien envidia la suerte de un loco.

KEAN. ¡Es verdad!... Pero vuestras penas no se parecen en nada á las mias; vos sois la azucena que nace triste y desconocida en el desierto; yo la flor agostada del cardo que arrebatan los huracanes. Vuestro porvenir es inmenso; sois jóven...

ANA. Y huérfana.

KEAN. Virtuosa.

ANA. No me pretende por eso Mervill.

KEAN. Rica...

ANA. Cuando sacrifique mi corazon.

KEAN. Y bella.

ANA. Nadie me ama.

KEAN. Aun es tiempo; desistid de vuestro propósito.

ANA. Imposible. Dentro de dos horas partiré en el paquebo Washington.

KEAN. ¿Tan pronto?

ANA. Pero ¿no es verdad que en medio de vuestros triunfos, de vuestros placeres, de vuestros... amores, conservareis algun recuerdo de la pobre desterrada?

KEAN. ¡Ana!...

ANA. ¿No es verdad que me permitireis escribiros mis pe-

nas, mis trabajos y mis adelantamientos? Mis adelantamientos, si; porque he jurado distinguirme; quiero valer algo; necesito que se acuerden de mí... tengo una esperanza... una esperanza, aunque remota

KEAN. (*Comprendiendo todo el amor de Ana.*) ¡Dios mio!

ANA. Y ya lo veis: quien espera no ofende al cielo.

KEAN. Sois un ángel. (*Ap.*) Y yo... (*Despues de una corta pausa y manifestando el triunfo de un nuevo pensamiento.*) Ana, no salgais de Lóndres; yo os lo suplico. Os he dicho que no estaba loco: mentia. Loco estaba y vuestras palabras iluminan mi turbada razon. Aun puedo esperar; aun puedo tener fé, pero necesito un modelo, un guia... No me abandoneis.

ANA. No confundais el dolor con el desengaño. Sois desgraciado lo mismo que yo; pero no está en mi mano vuestro remedio.

KEAN. Creedme...

SALOM. (*Con recato, desde la puerta.*) Señor.

KEAN. ¿Qué hay? Acércate.

SALOM. (*Se aproxima y dice con misterio.*) ¡La otra!

KEAN. ¿Qué dices?

SALOM. Ya está ahi.

KEAN. ¿Quién?

ANA. (*Aparte á Kean.*) Será la persona con quien me habeis equivocado al entrar aqui. Elena.

KEAN. ¡Ella!..

ANA. Adios... (*Despidiéndose.*)

SALOM. (*Aparte á Kean rápidamente.*) ¡Se van á encontrar!

KEAN. Esperad, señorita. ¿No teneis reparo en que os vean salir de mi cuarto?

ANA. (*Aparte á Kean.*) Me basta que vos lo tengais. No he venido aqui para aumentar vuestros disgustos.

KEAN. (*Ap.*) ¡Cuánta generosidad!..

ANA. Decidme lo que debo hacer.

KEAN. Esas dos habitaciones no tienen salida...

ANA. Entraré en cualquiera de ellas.

SALOM. (*Aparte á Kean.*) Recordad que la ventana de ese cuarto da al Támesis (*Por el de la derecha.*), y si está celosa...

KEAN. Entrad en esta habitacion que es la mia, y perdonadme.

ANA. Que os haga esa mujer tan dichoso, cuanto merece el grande amor que la teneis. (*Se entra en la habitacion de la izquierda.*)

KEAN. (*A Salomon.*) Que no se detenga un instante.

SALOM. (*Ap.*) ¡A pares!.. Cuando tanto da que hacer una sola. (*Váse por el foro.*)

KEAN. ¡Elena! ¡Elena! Pensando en que voy á verte ahora mismo, me olvido de todo: hasta de mis celos. Esos pasos... por fin! Ella es.

ESCENA V.

KEAN, ELENA.

KEAN. ¡Elena!.. os esperaba; luego desconfié de que vinieseis; creí que ya no os acordabais de mí... quise salir en busca vuestra, á pesar de mis resentimientos...

ELENA. Oidme...

KEAN. Anoche me dijeron que amabais al Príncipe de Galles... No sabeis lo que he padecido desde entonces; pero ya no estoy celoso; habeis venido á verme, y no es posible que me engañe la mujer que tanto arriesga; po rmí.

ELENA. Os confieso que no hubiera venido á vuestra casa, si nuestro comun peligro...

KEAN. Nada temais por mí.

ELENA. Pensé escribiros, pero, habiendo sabido que os iban á prender, he recelado que podian apoderarse de mi carta...

KEAN. ¿Que me van á prender?

ELENA. Han hecho correr la voz de que vuestro accidente de anoche fué un simple arrebato de celos. El rey sabe que habeis insultado públicamente á Lord Mervil y al Príncipe de Galles; ha recibido quejas de varias personas, y ha resuelto que os prendan. Huid Kean; Lord Mervill, ha jurado vuestra perdicion, un terrible proceso os amenaza.

KEAN. ¿Huir yo como un cobarde, como un criminal?.. Mal me conoceis, Elena. Acepto el combate á que me provoca Mervil. Yo haré que el mundo conozca su infamia.

ELENA. ¿Preferis la publicidad? Olvidais que para justificar su denuncia citará nombres, buscará indicios...

KEAN. Teneis razon: debo confesarme culpado; debo huir para que nadie sospeche de vos; para que se tranquilice tambien vuestro esposo.

ELENA. ¿Qué decis de mi esposo?
KEAN. ¿Nada sabeis aun?
ELENA. Nada.
KEAN. Anoche encontró dentro de mi cuarto vuestro abanico.
ELENA. ¡Gran Dios!.. ¡Yo estoy perdida!..
KEAN. Sosegaos, Elena.
ELENA. ¡Sosegarme cuando todo se ha descubierto!..
KEAN. Yo os salvaré.
ELENA. ¡Ya es tarde!
KEAN. ¿Mo me aconsejabais que huyese? Pues bien, no partiré solo: vos me acompañareis.
ELENA. (*Con severidad.*) ¿Qué me estais proponiendo?
KEAN. Pretendo vuestra salvacion, y mi felicidad.
ELENA. Decid mas bien que pretendeis mi deshonra. Por fortuna el crímen no ha hecho comun la suerte de ambos; nuestro afecto no ha podido ser otra cosa que una alucinacion mementánea. Olvidemos ese instante de error para que le olvide tambien todo el que háya podido sospechar su existencia.
KEAN. ¿Una alucinacion momentánea?.. ¡Elena! Pero no: veo que os estais hurlando de mí: vos me amais; vuestros ojos me lo han dicho mil veces.
ELENA. (*Hablando para sí.*) Otros lo habrán observado tambien.
KEAN. ¿Anoche, dentro de mi habitacion, vuestros labios no me repitieron lo mismo?
ELENA. (*Id.*) Y mi esposo sabe que estuve alli... ¡Y pronto lo sabrá todo el mundo!..
KEAN. ¿No me disteis vuestro retrato?
ELENA. ¡Ah! si: devolvédmelo.
KEAN. (*Con amargura.*) ¿Habeis venido únicamente por él?
ELENA. ¡Oh! (*Despues de luchar un momento, contesta con seguridad.*) He venido por él.
KEAN. (*Sorprendido y queriendo penetrar la intencion de Elena.*) Ayer me lo disteis; hoy me lo reclamais... (*Haciendo un esfuerzo para contenerse.*) Os lo devolveré. Asi no tendreis que mandar hacer otro nuevo si pensais regalárselo á alguno.
ELENA. ¿Yo?
KEAN. En cambio de un abanico , por ejemplo.
ELENA. ¡Kean! Despues de lo que he hecho por vos, no esperaba...
KEAN. Es verdad: ya me olvidaba de lo que habeis hecho por

mi. ¿Cómo ser injusto con la Condesa de Koelfeld, cuando ha descendido hasta el punto de visitarme si bien en un momento de error, de alucinacion, de locura? Yo si que soy el engañado, el insensato, el loco: yo, que habiendo recibido tales pruebas de amor, he podido dudar un instante de mi ventura. Yo que os aguardaba hace un momento, lleno de mortal impaciencia; que nada del mundo hubiera trocado por la dicha de veros; sin imaginar lo que iba á oir de vuestra boca. Si, si: olvidemos nuestro instantáneo error para que lo olviden los que hayan podidido sospechar su existencia; volvamos cada uno á su puesto, y tomad vuestro retrato, señora Condesa. (*Le da el retrato.*)

ELENA. Sed mas justo: yo no puedo obrar de otro modo. (*Toma el retrato.*)

KEAN. ¿Quién lo duda?

ELENA. Algun dia me dareis la razon.

KEAN. Desde ahora. Vuestra conducta es mas noble de lo que imaginais. Me habeis hecho un gran beneficio; mi frente se abrasaba, mi corazon parecia próximo á estallar en pedazos, y el hielo de vuestras palabras ha refrescado mis sienes; ha serenado mi corazon.

ELENA. Dejad esa amarga ironia; prefiero vuestra cólera.

KEAN. ¿Mi cólera, cuando me separó de vos para siempre? ¡oh! no es asi como debo daros mi último adios.

ELENA. (*Ap.*) ¡Cuánto padezco!

KEAN. Señora Condesa de Koelfeld, el actor Kean os suplica que le permitais besar vuestra mano. (*Se inclina para besar la mano de la condesa.*)

SALOM. (*Dentro.*) No entrareis.

CONDE. (*Id.*) Os digo que entraré.

ELENA. ¡El Conde!...

KEAN. ¡Vuestro marido!...

ELENA. La fatalidad me persigue por todas partes.

KEAN. Ocultaos, señora, ocultaos... (*Elena se dirige á la habitacion donde está Ana.*) No, alli: alli nadie entrará. Daos prisa...

ELENA. (*Volviendo, pero sin alejarse de la puerta derecha.*) Una palabra. Mi esposo viene sin duda á pediros una satisfaccion...

KEAN. Tranquilizaos. Su vida es sagrada para mí.

ELENA. ¡Kean!

KEAN. Entrad, señora. (*Elena entra y Kean cierra la puerta con llave, que guarda.*)

ESCENA VI.

KEAN, CONDE, SALOMON.

CONDE. (*Desde la puerta.*) Necesito verle.

KEAN. ¿Qué es eso Salomon? ¿Por qué detienes al señor Conde de Koelfeld? (*Entra el Conde.*)

SALOM. (*Desde el foro.*) Como me habiais prevenido...

KEAN. Que no queria recibir á nadie: es cierto; pero entonces estaba muy lejos de esperar el honor que el señor Conde me dispensa. (*Hace seña á Salomon para que se retire, y váse este por el foro.*)

SALOM. (*Ap.*) Ahi se quedan los cuatro.

CONDE. Pues yo he creido caballero, que habiais prohibido la entrada porque esperabais mi visita.

KEAN. ¿Me la habeis anunciado, por ventura?

CONDE. Anoche en vuestro cuarto precisamente.

KEAN. No lo recuerdo.

CONDE. No dije, hablando de mi patria, que los alemanes median sus armas con cualquiera persona, cuando se reputaban agraviados? Pues bien, yo lo estoy, caballero, y he venido á buscar á mi ofensor.

KEAN. En mi casa tan solo podeis encontrar un padrino.

CONDE. Basta de simulacion; quien me agravia, debe conocer el agravio. Y no extrañeis si contra la costumbre vengo en persona á desafiaros, pues no quiero que nadie averigue la causa. Al pasar por la primera caserna del camino de Hyde-Park, rogaremos á dos oficiales que nos sirvan de testigos; y en cuanto al orígen de nuestra duelo, daremos la explicacion que mejor os parezca.

KEAN. Advertid, señor Conde, que esa explicacion, suficiente para los otros, no lo es para mí. Solo debe un hombre batirse cuando hay ofensa, y yo no creo haber tenido la desgracia...

CONDE. Está bien: comprendo la delicadeza de vuestro disimulo; pero es inútil, porque si negais la cara habiendo ofendido, os batireis cuando se os ofenda.

KEAN. No siempre, señor Conde. Cuando se me ultraja sin

razon, atribuyo el ultraje á locura y compadezco á quien me lo hace.

CONDE. Acabaré por creer que vuestra reputacion de valiente es usurpada.

KEAN. No me importa; he dado pruebas de lo contrario cuando darlas debia.

CONDE. Es que yo diré á todo el mundo que sois un cobarde.

KEAN. Ninguno os creerá.

CONDE. Entonces, contaré que os he levantado la mano... (*Levanta la mano en accion de darle una bofetada.*)

SALOM. (*Sujetándole el brazo.*) Y añadireis que yo os he detenido, evitando á los dos un eterno remordimiento...

CONDE. ¡Ah! Yo queria que todo hubiese pasado en silencio y me quereis obligar al escándalo. Necesitaba lavar mi afrenta con nuestra sangre; pero si teneis miedo á mi cólera, me vengaré primero de la mujer que tanto os interesa.

KEAN. Ignoro de quien hablais; pero sabed, señor Conde, que hay un hombre mas cobarde que aquel que rehusa batirse, y es el que agravia á una mujer que no puede defenderse.

CONDE. Sois un actor excelente, señor Kean; pero yo he visto anoche el teatro por dentro y no me alucinan las decoraciones. ¿Conoceis este abanico?

KEAN. No recuerdo haberle visto otra vez.

CONDE. Es de mi esposa.

KEAN. ¿Y bien?...

CONDE. Este abanico le encontré ayer...

SALOM. (*Entrando con una carta.*) Señor, una carta de su Alteza el Príncipe de Galles.

KEAN. Luego me enteraré...

SALOM. Es urgente.

KEAN. No importa.

SALOM. Esperan la contestacion.

CONDE. Podeis leerla. Nuestro asunto no puede terminarse tan pronto.

KEAN. Con vuestro permiso. (*Abre la carta y la lee rápidamente para sí.*)

SALOM. (*Ap.*) Gracias á Dios. (*Váse por el foro.*)

KEAN. (*Al Conde.*) ¿Conoceis la letra del Príncipe?

CONDE. La conozco. ¿Pero qué tengo yo que ver?...

KEAN. Quizá mucho. Leed: esta carta me explica...

CONDE. (*Leyendo.*) «Mi querido Kean: tomaos la molestia de mandar que busquen en vuestro aposento del teatro, un abanico que dejé anoche olvidado. Es de la señora Condesa de Koelfeld, quien me lo facilitó á fin de que puedan hacer otro igual á la Duquesa de Northumberland. Mas tarde os pediré cuenta de la escena del Otelo que representasteis ayer á mi costa. ¿Os parece, señor calavera, que el amor de una racionista es motivo suficiente para desunir á dos verdaderos amigos? A pesar de todo, lo es vuestro—Jorge.» (*A Kean.*) Perdonad, caballero...

KEAN. ¿Es decir?.,.

CONDE. Que me avergüenzo de mis sospechas; y si mi amistad...

KEAN. (*Con empacho.*) Basta...

CONDE. Sé que van á prenderos. No olvideis que los palacios consulares son inviolables, y que es vuestro amigo el embajador de Dinamarca.

KEAN. Gracias, señor Conde.

CONDE. Adios, señor Kean. (*Váse.*)

ESCENA VII.

KEAN, *despues el* CONSTABLE.

KEAN. ¡El Príncipe la salva!... poco me importa que sea por amor ó por amistad. Ya no la amo; pero es preciso que salga, que llegué á su casa antes que su marido vuelva á recelar... (*Se dirige á la puerta de la derecha y se detiene.*) ¿Quién viene ahora? (*Entra el Constable.*) Parece que se ha propuesto Salomon que entre aqui todo el mundo.

CONST. Os suplico que no le culpeis: he sido yo quien le ha obligado...

KEAN. Señor Constable, ¿en qué puedo serviros?

CONST. Mucho deploro el objeto que aqui me conduce.

KEAN. ¿Cuál es?

CONST. ¡Amo tanto á los artistas!

KEAN. Ya me lo habeis repetido otras veces.

CONST. Pero mi deber es antes que todo.

KEAN. Acabemos.

CONST. Principio: ¿Sois vos, entre todos los presentes, el señor

Edmundo Kean, primer actor de los teatros de Lóndres?..

KEAN. ¡Qué farsa! ¿No me conoceis hace tiempo?

CONST. Entonces, en nombre del rey y de las dos cámaras, (*Tocándole en el hombro con la varita.*) daos á prision.

KEAN. ¿De qué se me acusa?

CONST. De injurias graves, inferidas públicamente al heredero de la corona, y á un par de Inglaterra.

KEAN. Pero no hay mas remedio...

CONST. Que seguir á mi gente, que os aguarda allá fuera.

KEAN. ¿Quereis que abandone de este modo mi casa?

CONST. No os apureis por eso: yo me quedo aqui para poner los sellos, de manera que cuando volvais lo hallareis todo en el mismo estado en que ahora se encuentra.

KEAN. Perdonad, señor Constable, pero hay cosas en mi casa que no pueden permanecer selladas todo el tiempo que dure mi ausencia. Vos sois esclavo de la ley...

CONST. Si señor...

KEAN. Mas no sereis tan severo como ella...

CONST. Si señor: tan severo como ella; pero si puedo hacer algo por un artista á quien admiro...

KEAN. ¿Teneis órden de prender alguna otra persona que yo en esta casa?

CONST. A vos solamente; aunque no puedo dejar salir á nadie, sin averiguar primero quien es.

KEAN. Pues bien, en ese cuarto (*Señalando la puerta de la izquierda.*) hay una jóven, á quien vos conoceis, que necesita salir sin que nadie se entere.

CONST. ¿Estais seguro de que yo la conozco?

KEAN. A no ser que hayais olvidado el nombre de la señorita Ana Dambi.

CONST. ¿Es ella?

KEAN. La misma. Parte para Nueva York dentro de una hora, y antes debo enterarla de cierto negocio...

CONST. ¿No procurareis escaparos?

KEAN. Os doy mi palabra de honor.

CONST. ¿Puedo confiar en que es ella?

KEAN. Vais á verla ahora mismo. Señorita. (*Llamando.*)

CONST. No es necesario.

ESCENA VIII.

KEAN, *el* CONSTABLE, ANA.

KEAN. Señorita Dambi: tengo que abandonaros; el señor Constable me espera...
ANA. Todo lo he escuchado á pesar mio desde ese aposento.
KEAN. Pero me permite despedirme de vos.
ANA. He resuelto quedarme en Inglaterra.
KEAN. ¿Qué motivo?
ANA. Es mi deber, cuando todos os abandonan.
KEAN. ¡Ana!.. Señor Constable, ya os he dicho que tengo que hablar con esta señorita. Saldrá de esta habitacion cubierta con su velo dentro de un instante, y deseo que nadie intente reconocerla.
CONST. Estad seguro de que nadie lo intentará.
KEAN. Confio en vuestra palabra.
CONST. Y yo en la vuestra.
KEAN. Hasta luego, señor Constable. (*Váse el Constable.*)

ESCENA IX.

KEAN, ANA.

ANA. ¿Qué teneis que decirme?
KEAN. Ana, cuando os ví por primera vez en mi casa; al escuchar vuestras palabras, llenas de candor y verdad, casi creí que me estaba consultando una hija; al considerar la confianza que os merecia, hasta alhagó mi corazon el orgullo de un padre; luego habeis tenido la desgracia de observar parte de mi borrascosa existencia, y sin embargo no me aborreceis, no me despreciais; pero si la sencillez y la inocencia de vuestros sentimientos me inspiraron una fraternal confianza, la nobleza de vuestras acciones me infunden ahora adoracion y respeto. Os llamé para exigir de vos un grande sacrificio... me arrepiento hasta de haberlo imaginado.
ANA. Hablad.
KEAN. En vano me alentais. Nadie vale tanto como vos en el mundo.

ANA. Comprendo cual ha sido vuestra intencion. (*Quítase rápidamente el velo, y se lo presenta á Kean.*) Aqui teneis mi velo.

KEAN. ¡Ana! (*Rehusándolo.*) Nunca.

ANA. ¿No os dije que todo lo escuché á mi pesar desde allí? Esa mujer está perdida si la reconocen, porque es casada... llevadla mi velo y que salga inmediatamente en lugar mio.

KEAN. ¿Qué debeis á esa dama?

ANA. No lo hago por ella, sino por vos.

KEAN. ¿Por mí tan heróico sacrificio?

ANA. No os detengais. (*Indicándole la puerta derecha.*)

KEAN. (*Abre la puerta.*) Señora, salid. No responde... Elena!.. (*Entra.*) ¡Elena! (*Dentro.*) ¡Ah!

ANA. ¡Gran Dios! ¿Qué sucede?

KEAN. (*Saliendo rápidamente.*) ¡Ha desaparecido!..

ANA. ¿Cómo?

KEAN. La ventana está abierta... el Támesis...

ANA. ¡Oh!

KEAN. Escucharia las amenazas de su esposo...

ANA. ¡Infeliz!..

KEAN. ¡Muerta por mi causa!.. ¡Muerta!

ESCENA X.

KEAN, ANA, *el* PRINCIPE, SALOMON.

PRINCIPE. (*Que ha escuchado desde la puerta del foro las últimas palabras. Ana estará retirada de manera que no repare en ella el Príncipe, hasta su tiempo. Salomon permanece en la puerta, á la vista del público, hasta que se va y vuelve, como indica el diálogo.*) ¡No, salvada!

KEAN. ¿Elena?

PRINCIPE. Si.

KEAN. No comprendo...

PRINCIPE. Sabiendo que os iban á prender y resuelto á impedirlo un amigo vuestro, mandé situar un coche cerca de aqui, y una barca debajo de esas ventanas que dan al Támesis; entré en vuestra casa, averigué por Salomon lo que sucedia, os escribí una carta, y saqué á Elena de ese cuarto.

KEAN. ¡Cuánto os debo!... ¿Y he podido dudar?...

PRINCIPE. Acabo de saber que mi hermano, accediendo á mis súplicas, conmuta vuestra prision en un año de destierro.

KEAN. ¿Y se ha designado el lugar?

PRINCIPE. Dónde querais no siendo en Inglaterra; el Conde de Koelfeld y su esposa volverán á Dinamarca.

KEAN. Príncipe, desde ayer á hoy todo ha cambiado para mí. Iré á Nueva-York.

ANA. (*Ap.*) ¿Qué dice?

PRINCIPE. Tiempo teneis para resolver.

KEAN. Saldré dentro de una hora. (*Salomon desaparece por el faro.*)

ANA. (*Aproximándose. Ap.*) ¡Dios mio!

PRINCIPE. ¿Tan pronto?

KEAN. En el paquebot Washington.

ANA. (*Ap.*) ¿Sera verdad?

PRINCIPE. Quizá en América aprendereis á ser mas prudente.

KEAN. Pienso casarme, Monseñor.

PRINCIPE. ¿Cuándo?

KEAN. Cuando el ángel que adoro perdone mis yerros, y se digne otorgarme su mano.

ANA. (*Ap.*) ¡Ah!

PRINCIPE. Yo seré vuestro interecesor. (*Viendo á Ana.*) ¿Quién es esta jóven?

KEAN. La señorita Ana Dambi.

PRINCIPE. ¡Ah! Ya adivino... señorita, acabo de empeñar mi palabra...

SALOM. (*Entra cargado con algunos utensilios de viaje.*) Señor: ya estoy dispuesto.

KEAN. ¿Qué quieres decir?

SALOM. ¿No salis para Nueva-York?

KEAN. Dentro de una hora.

SALOM. ¿Y no pensais representar en aquel teatro?

KEAN. Ciertamente.

SALOM. Entonces, necesitareis un apuntador sin remedio. ¿No quereis que os acompañe?

KEAN. (*Dándole su mano.*) ¡Oh! sin duda. Y vos Ana, ¿permitireis que los dos os acompañemos? ¿Aceptais mi corazon y mi nombre? (*Ana abandona su mano á Kean, que la besa con entusiasmo.*) ¡Ah!... Mi buen Salomon, mi querida Ana, con vuestro amor nada tengo que envidiar en la tierra.

PRINCIPE. (*En tono de queja.*) ¡Ingrato! ¿Tan poco aprecias mi amistad?

KEAN. ¡Oh! Señor: vos sois mi providencia, y á la providencia se adora. (*Quiere arrodillarse para besar su mano; el Príncipe lo impide y le abraza; Salomon se enjuga las lágrimas.*)

SALOM. (*Volviéndose para ocultar su llanto.*) Estoy llorando...

ANA. (*A Salomon.*) Los dos velaremos por él.

FIN DEL DRAMA.

NOTA. Por error involuntario se ha puesto Lord *Mervill*, y debe decir Lord *Mewill*.

GOBIERNO DE LA PROVINCIA DE MADRID.

De conformidad con el dictamen del censor, Exmo. Señor D. Pedro Gomez de la Serna, puede representarse el drama titulado «Navegar á la Ventura» El Gobernador—Cardero.

Madrid 8 *de febrero de* 1856.

